

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

LA HIJA DEL MAFIOSO

Joseph Berna



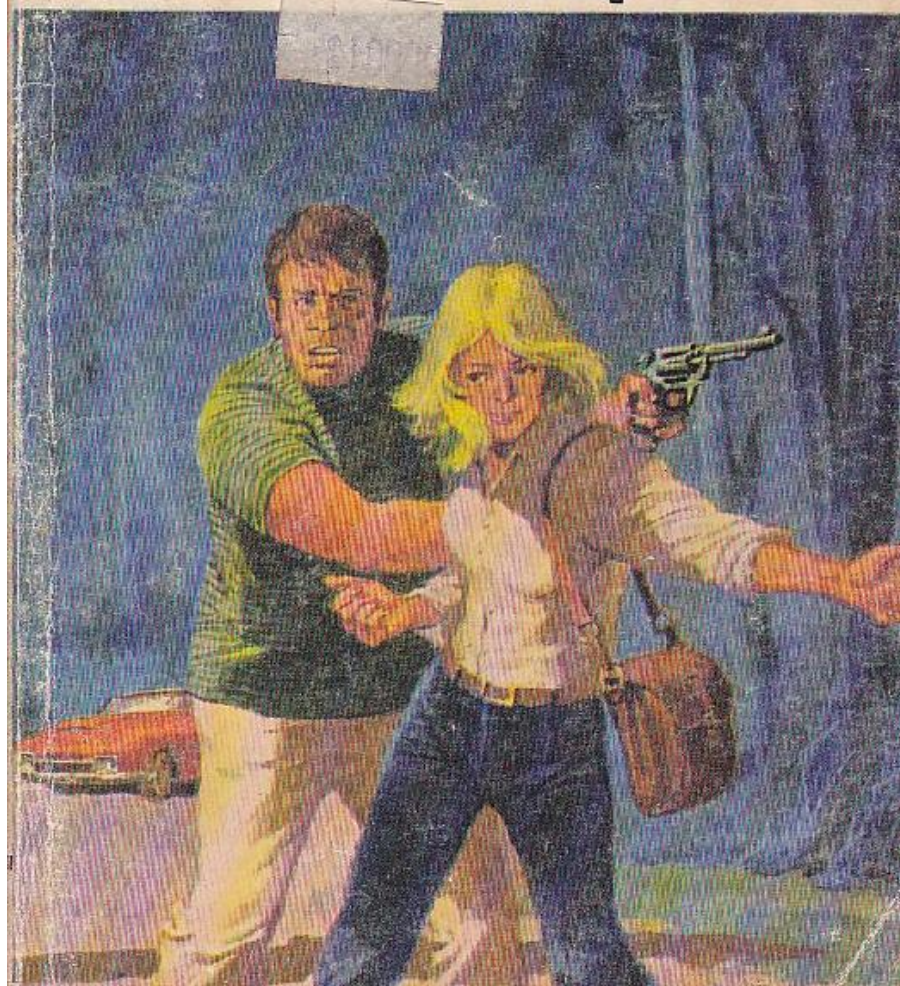
PUNTO ROJO
BRUGUERA

BOLSILIBROS

 **POLICIACO**

LA HIJA DEL MAFIOSO

Joseph Berna



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.670 — Espía por afición.

En Colección KANSAS:

843 — La elección de miss Oklahoma. En Colección COLORADO: 841
— Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

643 — Mi revólver habla por mí.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

546 — A punta de látigo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.096 — La colina de la muerte.

En Colección CALIFORNIA:

1.385 — Una pareja de serpientes.

JOSEPH BERNA

LA HIJA DEL MAFIOSO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.098 Publicación semanal EDITORIAL
BRUGUERA, S. A

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02520-X Depósito legal: B. 9.368 1983

Impreso en España - Printed in Spain

I a edición: mayo, 1983

2.ª edición en América: noviembre, 1983

© Joseph Berna – 1983 texto

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5.

Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Carol Figgs salió de los almacenes Conwell, cargada de paquetes.

Era lo que más le gustaba: ir de compras.

Todas las semanas solía hacerlo, aunque no necesitase nada.

En realidad, la mayoría de las cosas las adquiría por capricho, puesto que no le hacían ninguna falta, ya que Carol tenía de todo.

Arthur Figgs, su padre, era un hombre rico.

Poseía una gran fortuna.

Y Carol era su única hija.

Por eso gastaba cuanto quería.

Arthur no la regañaba por ello, sino todo lo contrario, pues incluso la animaba a satisfacer todos sus caprichos.

El último, había sido la adquisición de un Ferrari.

Un fantástico modelo, de color rojo, capaz de desarrollar una velocidad de vértigo.

A Carol le encantaba correr, y como era una excelente conductora, llevaba su Ferrari como si fuera un bólido de Fórmula 1, lo que le había supuesto ya varias multas de tráfico, por exceso de velocidad.

Pero a ella no le importaba que la multasen.

Podía permitirse el lujo de pagar un montón de multas.

Cargada con los paquetes, que casi le impedían ver por dónde iba, Carol Figgs se dirigió al aparcamiento de los almacenes Conwell, que se hallaba repleto de vehículos.

La cadena de almacenes Conwell era una de las más importantes de San Francisco, y todas sus tiendas se hallaban siempre llenas de clientes, lo que motivaba que sus respectivos aparcamientos estuviesen también casi siempre al completo.

Carol Figgs tenía veintidós años de edad, el cabello rubio, ni corto ni largo, y los ojos claros, de mirada alegre y chispeante.

Era bonita, muy bonita.

Y estaba muy bien formada.

Vestía un ceñido pantalón azul turquesa y una blusa color maquillaje, tan delgada, que permitía vislumbrar el pequeño sujetador, una prenda que Carol no siempre usaba, porque la verdad es que no le hacía ninguna falta.

Sus senos no eran grandes, pero sí erectos y firmes, por lo que no precisaban de sujeción alguna, sin embargo, a Carol no le gustaba que se vislumbrasen y por eso, cuando se colocaba un vestido o una blusa transparente, recurría al sujetador.

Los zapatos, altos y de fino tacón, eran blancos y le permitían mostrar los graciosos dedos de sus pies, cuyas uñas llevaba pintadas con esmalte rojo.

De su hombro derecho pendía un bolso marrón, de piel, en el que la muchacha llevaba siempre una importante suma de dinero, por si tenía un capricho de pronto.

Llevaba, además, una cadena de oro al cuello.

Y un precioso reloj, igualmente de oro.

Y una pulsera en el otro brazo, no menos valiosa.

También era valiosa la sortija que lucía en el dedo anular de la mano derecha, con un brillante que despedía continuos destellos.

Una fina cadenilla de oro adornaba asimismo las caderas de la joven, aunque no estaba a la vista, porque la cubrían el pantalón y la blusa.

En caso de atraco, sería lo único que los ladrones no se llevarían.

A menos que la desnudasen, claro.

Carol Figgs no pensaba en atracos.

Sabía que tenían lugar algunos cada día, pero a ella jamás la había asaltado nadie, y se sentía muy tranquila.

Desgraciadamente, su tranquilidad iba a durar muy poco.

Sólo hasta que llegase junto a su flamante Ferrari rojo.

Allí la estaban esperando dos tipos.

Eran jóvenes.

Fuertes.

Y tenían un aspecto...

Carol, por culpa de los paquetes, no los descubrió a tiempo.

Cuando los vio, ya los tenía uno a cada lado.

Los individuos esgrimían sendas navajas de resorte, y la amenazaron con ellas.

—Si gritas o te mueves, eres rubia muerta —dijo uno de los tipos.

Carol, visiblemente asustada, murmuró:

—¿Qué es lo que quieren?

—Todo lo que llevas de valor —respondió el otro fulano—. Dinero, joyas, el reloj... Todo, muñeca.

—Está bien, se lo daré. Pero, por favor, no me hieran con sus navajas —rogó la muchacha.

—De ti depende. Si no haces ninguna tontería, no sufrirás daño alguno.

—Vamos, deja los paquetes en el coche y empieza a entregarnos cosas, que no disponemos de mucho tiempo —apremió el sujeto que tenía a su izquierda.

—Sí, en seguida.

Justo en el momento en que Carol se disponía a meter los paquetes en el coche, por la abierta ventanilla, apareció alguien y preguntó:

—¿Tiene algún problema, señorita?

Carol dio un respingo y lo miró.

Se trataba de un joven de unos veintiocho años, alto, moreno, de fuerte constitución y rostro atractivo. Vestía un ligero traje de verano y una camisa grana, de cuello abierto, con botones plateados.

Carol estuvo a punto de pedirle ayuda, pero no se atrevió por si los atracadores la herían con sus navajas o saltaban sobre el apuesto joven y lo herían a él.

Podían, incluso, matarle.

Y a ella también.

De ahí que no pronunciara palabra alguna, limitándose a mirarlo fijamente, con la angustia y el temor reflejados en sus preciosos ojos.

Los asaltantes, que ocultaban perfectamente sus navajas, miraron también al joven del traje claro.

—Será mejor que se largue, amigo —aconsejó uno de ellos, con gesto amenazante.

—La señorita no tiene ningún problema —dijo el otro individuo.

—A mí me parece que sí —dijo el joven—. Está pálida y le tiemblan ligeramente los labios.

Carol se los mordió, pero siguió callada.

—El tipo es muy observador, ¿verdad, Dick? —masculló uno de los asaltantes.

—Eso parece. Adam —rezongó el otro.

—¿Qué tal si le damos una lección, para que no vuelva a meter las narices donde no le llaman?

—Es una gran idea.

—Tú no te muevas, rubia —ordenó el llamado Adam.

—Si lo haces o empiezas a chillar, lo lamentarás —amenazó el que respondía al nombre de Dick.

Carol no se movió ni emitió grito alguno.

Estaba demasiado asustada.

Los atracadores dejaron ver sus navajas.

A pesar de ello, el joven de la camisa grana no retrocedió.

O era muy valiente, o era muy tonto.

Fue lo que pensó Carol, al ver que el joven no echaba a correr.

Y no sólo eso, sino que ni siquiera se inmutó al verse amenazado por un par de navajas.

Es más, tuvo el arrojo de decir:

—Cuidado con esos chismes, muchachos. Os podéis pinchar.

Los atracadores cambiaron una mirada, sin duda sorprendidos por la serenidad y la sangre fría de que hacía gala el joven que había salido en defensa de Carol Figgs.

—Te vamos a pinchar a ti, amigo —masculló Adam.

—Sí, y te va a doler mucho —añadió Dick.

Inmediatamente después, los tipos atacaron al joven con sus relucientes navajas.

CAPITULO II

Carol Figgs no pudo reprimir un gemido de angustia al ver que los asaltantes se lanzaban sobre el joven que, por defenderla a ella, estaba dispuesto a jugarse la vida.

La muchacha se lo imaginaba ya tirado en el suelo, con varios navajazos en el pecho y en el estómago, perdiendo sangre en cantidad, moribundo...

Pero no.

El joven sabía defenderse.

Y muy bien, además.

Carol pudo comprobarlo al ver con qué habilidad burlaba el navajazo que le soltó Adam, saltando ágilmente de lado.

Después, y antes de que el atracador pudiera enmendar su fallo, el bravo joven le asestó un duro golpe en la nuca, propinado con el filo de su mano derecha.

El asaltante se derrumbó al instante, perdiendo su navaja.

Su compañero ya estaba atacando con la suya al defensor de Carol, pero tampoco consiguió alcanzarle.

Una fracción de segundo después de esquivar la navaja de Dick, el joven agarró el brazo derecho del atacante y se lo puso en la espalda, muy bruscamente.

El asaltante dio un grito y soltó la navaja.

Ya se veía con el brazo partido.

Pero no, el defensor de Carol sólo quería que el tipo soltara la navaja. Logrado esto, lo obligó a volverse y le estrelló el puño en la cara, tirándolo de espaldas.

Adam ya se estaba incorporando, agarrándose la nuca.

Antes de que intentara recoger su navaja del suelo, el defensor de Carol lo agarró del hombro, lo hizo girar, y le atizó con el puño en toda la mandíbula.

El atacante salió despedido como si acabara de cocearle una mula rabiosa y cayó encima de su compañero, que en ese momento trataba de ponerse en pie.

El joven que les estaba dando el «repaso» sonrió burlonamente y preguntó:

—¿Queréis más, muchachos?

Los asaltantes lo miraron con temor.

—¡Larguémonos, Dick! —sugirió Adam.

—¡Sí, el tipo es demasiado bueno peleando! —respondió su compañero.

Se irguieron los dos con prontitud y echaron a correr por entre los coches que llenaban el aparcamiento de los almacenes Conwell, sin molestarse en recoger sus navajas.

* * *

El defensor de Carol Figgs se masajeó los nudillos de su puño derecho, que era el único que había utilizado en la pelea con los atacadores, y se volvió hacia la muchacha.

—Ya no tiene nada que temer, señorita.

Carol no respondió.

Se había quedado con la boca abierta, después de la fantástica exhibición de defensa

personal que acababa de realizar el joven.

De repente, exclamó:

—¡Los ha hecho huir!

—Sí, eso parece —sonrió el joven.

—¡Y sin despeinarse!

—¿Por qué tenía que despeinarme...?

Carol se echó a reír al ver la cara de extrañeza que ponía su defensor.

—¡Es lo que suele decirse, cuando un hombre gana una pelea con tanta facilidad! —

acclaró—. Bueno, una pelea o lo que sea.

El joven rió también, mostrando unos dientes sanos y fuertes, correctamente alineados.

—Perdone, no había caído.

—Es que a usted no es fácil tirarle.

—¿Cómo?

—Disculpe, no he podido evitar el chiste.

Rieron los dos de nuevo.

Después, el joven dijo:

—Es usted una chica muy simpática.

—Y usted un tipo muy valiente. ¿Cómo se llama?

—Tex Duncan.

—Yo me llamo Carol Figgs. Espere a que meta estos paquetes en el

coche y le daré la mano.

—Permítame que la ayude, Carol.

—Gracias.

Tex Duncan abrió la portezuela del Ferrari y cogió un par de paquetes de los brazos de Carol Figgs.

—¿Los dejo en la parte de atrás? —preguntó.

—Sí, por favor.

Tex fue colocando los paquetes detrás de los asientos del Ferrari.

—Ya están todos.

—Ahora ya puedo darle la mano —sonrió Carol, y se la ofreció.

Duncan se la estrechó cálidamente.

—Ha sido un placer conocerla, Carol.

—Para mí, además de un placer, ha sido una suerte conocerle a usted, Tex.

—¿Qué pretendían los tipos? ¿Robarle...?

—Sí, querían que les entregase cuanto llevo de valor, además del dinero. Y lo hubiera hecho, porque me llené de terror cuando vi sus navajas,

—Me alegro de haberlo evitado.

—Estoy en deuda con usted, Tex.

—Era mi deber intervenir.

—Se merece una recompensa.

—Por favor, no diga eso.

—Es mucho lo que llevo encima de valor, Tex, y los tipos me lo hubieran robado todo de no intervenir usted. Si tiene la amabilidad de acompañarme a casa, mi padre le entregará una importante cantidad de dinero.

—Me ofende usted, Carol.

—¿No quiere una recompensa por lo que ha hecho...?

—No, ya se lo dije antes.

—¿Es usted rico, Tex?

—Desde luego que no. Soy un simple agente de seguros.

—¿De seguros o de la CIA...?

—¿De la CIA...? —respingó Duncan.

—Lo digo por lo bien que sabe defenderse.

Tex rió.

—He realizado unos cursillos de defensa personal, eso es todo.

—Seguro que le dieron matrícula de honor.

—Bueno, no tanto.

—Mi padre es rico, Tex.

—Lo celebro.

—No piense que lo digo por presumir.

—Por supuesto que no. Lo dice por lo de entregarme una recompensa, ya lo sé.

—Para mi padre no supondría nada, y a usted le vendría bien recibir unos cuantos billetes.

—No digo que no, pero insisto en que no quiero recompensa alguna.

—Arriesgó usted su vida, Tex.

—Y volvería a hacerlo, no lo dude. Por usted, o por cualquier otra persona que se encontrase en su situación, aunque nunca por dinero.

—Le gusta ayudar a la gente, ¿eh?

—Así es.

—Bien, aunque no quiera recompensa alguna, me gustaría que me acompañase a casa.

Deseo que mi padre le conozca y sepa lo que hizo por mí.

Duncan consultó su reloj.

—¿Dónde vive usted, Carol?

—A pocos kilómetros de la ciudad.

—Ya.

—¿Le espera alguien, Tex?

—Tenía que visitar a un cliente esta tarde, todavía. —¿Y no puede dejarlo para mañana?

—Sí, creo que sí —sonrió Duncan.

—Cuánto se lo agradezco, Tex —sonrió también Carol—. Vamos, suba al coche.

* * *

El Ferrari de Carol Figgs llevaba ya algunos minutos rodando por las calles de San Francisco, en busca de la carretera que conducía a la magnífica casa de Arthur Figgs.

Tex Duncan carraspeó ligeramente y dijo:

—¿No vamos demasiado de prisa, Carol?

—Al contrario, vamos demasiado despacio.

—¿Despacio, dice...? —respingó el joven.

Carol se echó a reír.

—En cuanto salgamos a la carretera sabrá usted lo que es correr, Tex.

—Le gusta la velocidad, ¿eh?

—¡Me encanta!

—¿Y no suele tener accidentes?

—Soy una excelente conductora.

—De todos modos, le aconsejo que se haga un seguro a todo riesgo.

—¡Ya quiere hacer negocio!

Ahora fue Tex quien rió.

—Lo siento, por un momento había olvidado que yo me dedico a eso.

—¿Cómo le va, Tex?

—¿Mi trabajo?

—Sí.

—Regular, solamente. Cuesta convencer a la gente de que se haga un seguro, sea de la clase que sea.

—Inténtelo con mi padre —sugirió Carol—. Es posible que tenga suerte.

—¿Cómo se llama su padre, Carol?

—Arthur; Arthur Figgs.

Tex Duncan respingó ligeramente, porque había oído hablar de Arthur Figgs.

Era uno de los altos jefes de la Mafia.

Al menos, eso decía la gente...

CAPITULO III

Carol Figgs advirtió que la expresión de Tex Duncan cambiaba y preguntó:

—¿Le ocurre algo, Tex?

—No, nada —carraspeó el agente de seguros.

—Su cara ha cambiado.

Duncan se la tocó.

—¿Quiere decir que ya no le gusta?

—Claro que me gusta —sonrió la muchacha.

—A mí también me gusta la suya.

—Gracias, pero no me cambie de conversación. Quiero saber por qué se alteró su expresión cuando le dije que soy hija de Arthur Figgs.

—¿Está segura de que mi expresión...? —tosió el joven.

—Ha oído hablar de mi padre, ¿verdad?

—Bueno, yo...

—No es un mafioso, Tex.

-¿No?

—Son habladurías de la gente. Mi padre no pertenece ni ha pertenecido nunca a la Mafia, Tex. Ha tenido contactos, eso es cierto, con personas relacionadas con ella. Pero sólo han sido conversaciones. A esas personas les gustaría que mi padre entrase a formar parte de la Organización, pero él siempre se ha negado. Muy diplomáticamente, porque hay que tener mucho cuidado con esa gente, pero se ha negado. Mi padre no desea pertenecer a la Mafia. No le gustan los métodos que emplean los mafiosos para conseguir sus objetivos, los desaprueba, aunque no pueda decírselo a ellos, por razones obvias.

Tex Duncan no hizo ningún comentario.

Carol Figgs detuvo un momento su Ferrari y miró al agente de seguros.

—¿Es que no me cree, Tex?

—Sí, que la creo, Carol.

—No, me parece que no. Usted piensa que niego la relación de mi padre con la Mafia porque me avergüenzo de ello. O, simplemente, porque es peligroso admitir por ahí que el padre de una es un mafioso.

—Por favor, Carol.

—No, si no me importa que también usted crea que mi padre es un jefe de la Mafia. Lo que me duele es que no me crea a mí, Tex. Me libró de aquellos tipos, arriesgando su pellejo, y yo le estoy profundamente agradecida. Ello me obliga a ser sincera con usted, y si yo pensara que es cierto que mi padre tiene alguna relación con la Mafia, tal y como afirma la gente, se lo diría.

Tex Duncan sonrió con suavidad.

—No dudo de su palabra, Carol, se lo aseguro. Sé que no está mintiendo. Si usted supiera que su padre es un mafioso, no lo defendería con tanta vehemencia. Para usted, no hay duda, su padre no tiene nada que ver con las actividades de la Mafia. Pero, y esto tiene que admitirlo, es posible que sí tenga algo que ver y usted no lo sepa.

Carol Figgs sacudió la cabeza.

—Si mi padre fuera un mafioso, yo lo sabría.

—¿Cómo, si él lo niega?

—Conozco muy bien a mi padre. Mejor que nadie. Podría engañar a cualquiera, menos a mi.

—Su padre ha ganado mucho dinero, Carol.

—Con sus negocios, no con actividades mafiosas. Son negocios legales, limpios, cuyas cuentas están a disposición de todo aquel que desee revisarlas.

—No es fácil descubrir a un mafioso. Demostrar que lo es, quiero decir. Saben hacer la cosas bien, y es difícilísimo atraparlos.

Carol Figgs apretó los labios.

—Le repito que mi padre no es un mafioso, Tex.

—Está bien, no se enfade conmigo. En realidad, a mí me tiene sin cuidado que lo sea o no.

—¿Seguro?

—Bueno, si he de ser sincero, preferiría que no lo fuera. Y lo preferiría por usted, Carol.

Estoy convencido de que no tiene usted la menor duda sobre la inocencia de su padre, y si algún día se demostrara que es un jefe de la Mafia, para usted sería un duro golpe.

—Yo estoy muy tranquila, porque no se puede demostrar lo que no es cierto.

—Eso es verdad. Si su padre no es un mafioso, nadie podrá demostrar jamás que pertenece a la Mafia.

Carol se mordió el labio inferior.

—Tal vez ahora ya no desee usted conocer personalmente a mi padre, Tex.

—Se equivoca. El que sea mafioso o no, a mí no me afecta para nada. Es su padre, Carol, y usted lo quiere mucho, eso es evidente. Me invitó usted a ir a su casa, y yo acepté encantado. Nada ha cambiado. La acompañaré a su casa, conoceré personalmente a su padre, y le estrecharé la mano. No pensaré en ningún momento en la Mafia, se lo aseguro.

Carol sonrió.

—Gracias, Tex —dijo, y puso nuevamente el coche en marcha.

* * *

Arthur Figgs se encontraba en el jardín, junto a la piscina, sentado en un cómodo sillón de mimbre. Tenía un periódico en las manos, y se estaba fumando un cigarro colosal.

Vestía un pantalón blanco y una llamativa camisa de manga corta, totalmente desabrochada. Calzaba mocasines marrones.

Arthur Figgs tenía cincuenta años de edad, pero la verdad es que no los aparentaba. Se mantenía joven, fuerte, vigoroso. Ello, en gran parte, se debía a que diariamente se ejercitaba en el gimnasio que tenía montado en su casa, haciendo trabajar sus músculos y

eliminando grasas.

Por si fuera poco, le gustaba mucho la natación, y todos los días se daba un par de zambullidas en su hermosa piscina y se la cruzaba repetidas veces.

Así se conservaba él, de bien.

Era, además, un tipo bien parecido, por lo que Carol le había preguntado más de una vez si no pensaba casarse de nuevo, puesto que ya llevaba ocho años viudo.

Arthur se echaba a reír y respondía que no deseaba contraer nuevamente matrimonio, que prefería seguir viudo. Aunque, eso sí, de vez en cuando echaba una cana al aire y se divertía con una mujer joven y atractiva..

Al oír esto, era Carol la que reía y le recordaba que él no tenía canas, todavía.

Solían bromear mucho en ese sentido.

Arthur Figgs disfrutaba enormemente cuando tenía a su hija al lado, y estaba deseando que volviera de la ciudad para charlar con ella y saber qué caprichos se había comprado aquella tarde.

De pronto, vio entrar a Nowak en el jardín.

Era uno de sus empleados.

Su hombre de confianza, podría decirse.

Nowak tenía treinta y cinco años de edad, pasaba del metro noventa de estatura, y era musculoso como un luchador de «catch». Pesaba ciento cinco kilos, nada menos.

Vino directamente hacia donde se encontraba Arthur Figgs.

Este se quitó el purazo de la boca y preguntó:

—¿Qué hay, Nowak?

—Carol acaba de llegar, señor Figgs.

—Me das una alegría.

—No viene sola.

—¿Eh?

—Le acompaña un tipo joven, fuerte y atlético.

—¿No sabes quién es?

Nowak movió la cabeza.

—No lo había visto antes, señor Figgs.

—Qué raro —murmuró Arthur.

—Debe ser algún amigo de Carol.

—Carol no tiene amigos. Ya sabes, nadie quiere tener relaciones con la hija de un alto jefe de la Mafia —recordó Arthur, con ironía.

Nowak sonrió.

—Es cierto, señor Figgs.

—Bien, tendré que abrocharme la camisa. No está bien recibir a las visitas con el pecho al aire.

Arthur Figgs dejó el periódico sobre la mesa del jardín y se abotonó la veraniega camisa.

En ello estaba, cuando aparecieron Carol y Tex.

Arthur clavó sus ojos en el agente de seguros.

—Tampoco yo lo conozco, Nowak —dijo, en voz baja.

—¿Me retiro, señor Figgs?

—No, quédate. No me fio de los desconocidos, ya lo sabes.

—Hace bien.

Carol y Tex se detuvieron junto a Arthur y su hombre de confianza.

Arthur se puso en pie, sonriente.

—Te estaba esperando, Carol.

---Hola, papá —sonrió también la muchacha, y le dio un beso.

—¿Quién es este joven?

—Se llama Tex Duncan, y es agente de seguros.

—Pues, por su físico, más parece un agente del FBI —bromeó Arthur.

—¡De la CIA, me pareció a mí! —rió Carol.

Tex también dejó de oír su risa.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo, tendiendo su mano al padre de la muchacha—. ¿Cómo está usted, señor Figgs?

Arthur se la estrechó.

—Me alegro de conocerte, Tex.

—Lo mismo digo, señor Figgs.

—Este es Nowak, uno de mis empleados —dijo Arthur.

Tex estrechó la mano de Nowak.

—¿Qué tal?

—Es un placer —respondió Nowak, sonriendo.

Arthur Figgs preguntó:

—¿Has venido a hacerme algún seguro, Tex?

—Oh, no, señor Figgs —carraspeó el joven—. Conocí casualmente a Carol, y ella me invitó a acompañarla. Eso es todo.

—Tex me salvó, papá —dijo la muchacha.

Arthur respingó.

—¿Qué te salvó, dices...?

—¿De qué?

Carol se lo contó, elogiando con vehemencia la actuación del agente de seguros.

Arthur Figgs se quedó asombrado.

También Nowak lo estaba.

De pronto, Arthur estrechó de nuevo la mano de Tex Duncan, con más fuerza que antes.

—Te estoy muy agradecido, Tex.

—No tiene importancia, señor Figgs. Cualquier otro hombre, en mi lugar, hubiera salido igualmente en defensa de Carol.

—¡Pero dudo que hubiera sido tan eficaz!

—Bueno, la verdad es que no fue tan difícil ahuyentar a los ladrones. Eran lentos de reflejos, torpes peleando, y bastante gallinas. Todo su valor estaba en sus navajas. Por eso, en cuanto las perdieron, se dieron a la fuga.

Arthur sacudió la cabeza.

—No quieras restarle mérito a lo que hiciste, muchacho, porque lo

tuvo. Y mucho. Te enfrentaste a un par de tipos sin escrúpulos, armados con navajas, y eso es muy peligroso. Podían haberte herido de gravedad. O haberte matado. Por eso considero mi deber recompensarte.

—No lo intentes, porque no aceptará —advirtió Carol.

—¿No? —se extrañó Arthur.

—Ya le hablé de ello, y no quiere recompensa alguna.

—Es cierto, señor Figgs —confirmó Duncan—. Fue un placer ayudar a Carol, y no quiero recibir un solo dólar por ello. Me basta con la amistad de Carol, que es una muchacha encantadora. Y con la suya también, por supuesto.

Arthur, desconcertado, miró a su hija.

—¿Acaso ignora lo que la gente dice de mí, Carol...?

—No, papá. Tex sabe que se te tiene por un mañoso, pero yo le dije que no es cierto, que jamás has tenido ni tendrás relación con las actividades de la Mafia.

—Es la pura verdad, muchacho —dijo Arthur.

—Lo celebro de veras, señor Figgs.

Este le puso la mano en el hombro.

—Te quedarás a cenar, ¿verdad?

—Bueno, yo... —titubeó Tex.

—Por supuesto que se quedará a cenar, papá —dijo Carol, con una amplia sonrisa.

CAPITULO IV

Tex Duncan no discutió la decisión de Carol Figgs, porque la verdad es que deseaba quedarse a cenar. Tendría la oportunidad de conocer mejor a Arthur Figgs, y estaría más tiempo con su encantadora hija, hacia la que cada vez se sentía más atraído.

Ella, por su parte, también parecía sentirse atraída hacia él, y eso era bueno, muy bueno.

Sí, porque Tex se decía que más pronto o más tarde tendría la oportunidad de rodear a Carol con sus brazos, estrecharla contra su pecho, y besarla apasionadamente en los labios.

Estaba deseando hacerlo.

Y seguro que ella no pondría objeciones.

Tex y Carol conversaron unos minutos más con Arthur y con su hombre de confianza, abandonando seguidamente el jardín.

Carol quería enseñarle la casa al agente de seguros.

Cuando se perdieron de vista, Arthur cambió de expresión y preguntó:

—¿Qué opinas, Nowak?

—No sé qué decirle, señor Figgs.

—¿Te parece que el tipo es realmente un agente de seguros?

—Es posible que sea verdad. De todos modos, eso es fácil de averiguar,

—Temo que la pelea fuera una farsa, ¿sabes?

—¿Quiere decir que todo estaba preparado?

—Exacto.

—¿Con qué finalidad?

—Trabar amistad con Carol. Era de esperar que ella, agradecida por la valerosa y eficaz intervención del tipo, le invitara a venir a casa, para conocerme a mí.

—¿Y después...?

—Trataré de averiguar si pertenezco o no a la Mafia.

—Sólo un policía intentaría una cosa así, señor Figgs.

—Efectivamente —asintió Arthur.

—¿Cree que ese Tex Duncan es policía?

—Podría serlo, desde luego. Es alto, fuerte, decidido... Y tiene conocimientos de defensa personal, pues, aunque la pelea con los atracadores no fuera auténtica, tenía que parecerlo. Y sólo alguien que sepa pelear muy bien puede darle a una lucha simulada el necesario dinamismo para que parezca verdadera.

—Eso es verdad.

—Habrá que averiguar si el tipo es o no policía, Nowak.

—Descuide, señor Figgs.

* * *

Tex Duncan y Carol Figgs se encontraban en el salón, sentados en el sofá, con sendas copas en las manos, recién servidas por la muchacha.

—¿Le ha gustado la casa, Tex?

—Mucho.

—¿Y mi padre...?

—También. Es un hombre alegre y cordial. A primera vista, no parece un mafioso.

—No lo es, Tex.

—Ojalá sea cierto.

—Todavía lo duda, ¿eh?

—Ese Nowak... Y los otros dos tipos que me presentó antes, Reed y Agnew...

—¿Qué pasa con ellos?

—Tienen pinta de matones.

—Son guardaespaldas. Mi padre es un hombre rico y los necesita.

—Claro.

—No es el único, Tex.

—Desde luego que no.

—¿Qué podría hacer para convencerle de que mi padre no pertenece a la Mafia?

—Me temo que nada, Carol. La duda siempre existirá entre la gente, porque es algo que viene de lejos.

—Es injusto.

—Puede que tenga razón, pero así están las cosas. Nadie puede demostrar que su padre sea un mafioso, pero él tampoco puede demostrar que no lo es. Es su palabra contra los rumores de la gente. Y los rumores de la gente...

—Hacen mucho daño, Tex. En este caso concreto se lo hacen a mi padre. Y también me lo hacen a mí, porque yo sé que es un hombre bueno y sufro Duncan advirtió que los ojos de la muchacha se humedecían.

Se atrevió a cogerle la mano, se la oprimió cariñosamente, y dijo:

—Lo siento, Carol.

—¿De veras?

—No quiero disgustarla, y por eso le ruego que no hablemos más de su padre ni de la Mafia. Si aparece él, y la ve con los ojos llorosos, me echará a mí la culpa. Y es posible que la tenga.

—No, usted no tiene la culpa, Tex.

—Alegre esa cara tan bonita, por favor —rogó el agente de seguros, acariciándole la mejilla.

Carol sonrió.

—¿De veras le parece bonita?

—Es preciosa.

—Gracias.

—¿No se enfadará si le doy un beso?

—Creo que no.

—Gracias —sonrió Tex, y la besó.

Carol colaboró en la caricia, demostrando que deseaba ser besada por el apuesto agente de seguros.

Tex se deshizo de la copa y abrazó a la muchacha, acentuando la intensidad del beso.

Ella no protestó.

De pronto, Tex notó que el rostro de Carol estaba húmedo.

Interrumpió el beso y la miró, descubriendo que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Carol...

La joven hizo un esfuerzo por dominar su pena y su tristeza, y consiguió decir: —¿Qué ha sentido al besar a la hija de un mañoso, Tex?

—Por Dios, Carol...

La muchacha se apartó de él, se puso en pie con brusquedad, y echó a correr hacia la puerta del salón, llorando ya sin ningún disimulo.

Tex se irguió también.

—¡Carol!

La joven no se detuvo y abandonó el salón.

Tex estuvo tentado de salir tras ella, pero no lo hizo.

Hubiera sido peor.

El joven exhaló un suspiro, se sentó de nuevo en el sofá, y encendió un cigarrillo, confiando en que Carol no tardara demasiado en regresar.

* * *

Tex Duncan estaba ya apurando su cigarrillo, pero seguía solo en el

salón.

De pronto, Arthur Figgs hizo acto de presencia. Con gesto de extrañeza, preguntó:

—¿Dónde está Carol, Tex...?

El joven carraspeó.

—Subió a su habitación, creo, a cambiarse para la cena.

—Oh, entonces éste es el momento.

—¿De qué, señor Figgs?

—De darte un escarmiento.

—¿Escarmiento...? —respingó Duncan.

Arthur Figgs lo miró con dureza y dijo:

—Hemos descubierto que eres policía, Tex.

CAPITULO V

Tex Duncan se quedó con la boca abierta.

Sin poder articular palabra.

Realmente atónito.

Mientras tanto, Nowak, Reed y Agnew entraron en el salón, con caras de muy pocos amigos, también.

Reed y Agnew eran tan altos y tan corpulentos como Nowak.

Tex Duncan se irguió lentamente y, todavía con gesto de perplejidad, balbució:

—¿Que soy..., que soy qué, señor Figgs...?

—Policía —repitió Arthur.

—Es una broma, ¿no?

—Tú sabes mejor que nadie que no.

—Pero, si yo soy un simple agente de seguros...

—Mientes.

—¡Es la verdad!

—Puedes quitarte ya la careta, Tex. Sabemos que la pelea del aparcamiento fue una comedia.

—¿Comedia...?

—Los tipos que simularon asaltar a Carol eran policías también, como tú. Todo estaba preparado.

—¡No sabe lo que dice, señor Figgs!

—Lo sé perfectamente. Querías hacer amistad con Carol, que ella te trajera a esta casa, conocerme personalmente. Y todo ello para buscar pruebas que demuestren que pertenezco a la Mafia.

—¡No es cierto! —negó Duncan.

—Tu plan se ha venido abajo, Tex. Será mejor que lo confieses todo.

—¡No tengo nada que confesar, señor Figgs! ¡Le repito que soy solamente un agente de seguros! —insistió el joven.

—Mis hombres te arrancarán la verdad a golpes. ¡A él, muchachos! —ordenó Arthur.

Nowak, Reed y Agnew se acercaron al joven.

Tex se plantó en el sofá de un salto.

—¡Detenga a sus hombres, señor Figgs! ¡No quiero pelear con ellos!

—¿Nos tienes miedo, Tex...? —sonrió burlonamente Nowak.

—¡No es eso!

—Si es verdad que eres tan bueno peleando, ahora tienes la ocasión de demostrarlo —

dijo Arthur.

—¡No deseo lastimar a sus hombres, señor Figgs!

Nowak soltó una risotada.

—¿Habéis oído eso, muchachos...? ¡El policía tiene miedo de lastimarnos!

Reed y Agnew rieron también.

—¡Vamos, atacadle ya!—ordenó Arthur Figgs.

Nowak fue el primero en hacerlo.

Tex vio que el matón se le echaba encima y disparó la pierna, incrustándole la punta del zapato en la boca del estómago.

Nowak abrió la otra boca, la que utilizaba para comer y para beber, y lanzó un bramido, al tiempo que se agarraba las tripas y caía de rodillas, quedando encogido.

Reed y Agnew se arrojaron a un tiempo sobre el joven.

Tex dio un gran salto y alcanzó el suelo por el lateral derecho del sofá.

Casi se lo cargan, porque entre los dos pesaban más de doscientos

kilos.

Arthur Figgs soltó un rugido de rabia.

—¡Cogedlo, estúpidos!

Reed y Agnew se incorporaron con rapidez y corrieron hacia Duncan, que se había colocado detrás de un sillón.

—¡Esta pelea no tiene sentido, señor Figgs! —dijo Tex, al tiempo que empujaba el sillón, tumbándolo hacia adelante.

Reed y Agnew tropezaron en él y perdieron el equilibrio, cayendo al suelo.

Arthur Figgs escupió una maldición.

—¡Sois un par de inútiles!

—Yo me encargo de él, señor Figgs —masculló Nowak, irguiéndose.

Fue hacia Duncan, con los puños apretados.

El joven lo esperó, diciendo:

—Nowak, yo te juro que...

No pudo acabar la frase.

Nowak ya había puesto en marcha su puño derecho.

Tex no tuvo más remedio que agacharse, para esquivar el zambombazo.

Nowak, al fallar el puñetazo, quedó ladeado.

Parecía ofrecerle su hígado a Tex.

Este no lo dudó y le hundió el puño allí.

Nowak bramó de nuevo y se dobló, oprimiéndose la región del hígado.

—Si supieras lo que me duele tener que hacer esto... —dijo Tex, y le cascó con la zurda otra vez, aunque ahora en un pómulos.

Nowak se derrumbó.

Reed y Agnew ya estaban en pie.

—¡Atrapadlo, maldita sea! —tronó Arthur Figgs.

Los matones trotaron hacia Tex Duncan.

Reed llegó antes.

En una carrera oficial, se hubiera ganado una medalla.

Así, se ganó un trallazo en el mentón.

Y

como Tex tenía dinamita en los puños, Reed se vino abajo de forma estrepitosa.

Agnew intentó cazar a Duncan con su puño diestro, pero el joven ladeó la cabeza con rapidez y burló el golpe, respondiendo con un zurdazo al hígado.

El matón bramó y se dobló, como antes bramara y se doblara Nowak.

—Lo siento de veras, chico —dijo Tex, y le soltó un castañazo con la diestra.

Agnew se desmoronó.

Arthur Figgs se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

—¡Sois el colmo de la torpeza! ¡Tres hombres contra uno, y no podéis con él! ¡Se está riendo de vosotros y de mí!

—No, por favor —tosió Tex—. De usted, no, señor Figgs. Me merece demasiado respeto.

—¡Al diablo contigo!

—Yo no quería pelear, señor Figgs. Le pedí que detuviera a sus hombres, pero usted no me hizo caso y...

—¡Ahora verás, maldito! —relinchó Nowak, que ya estaba nuevamente en pie.

Agachó la cabeza y embistió como un toro a Tex Duncan.

Este saltó hacia su izquierda y se apartó de la trayectoria que seguía la testa del matón.

Por desgracia para Nowak, Tex se hallaba cerca de la pared.

Y contra ella se dio, claro.

Le fue imposible frenarse.

El impacto, terrible, hizo temblar la pared.

Nowak también tembló, antes de desplomarse como una cosa muerta.

Había perdido el conocimiento.

Arthur Figgs se tiraba del pelo.

—¡Es increíble! ¡Tengo por guardaespaldas a tres perfectos mequetrefes!

Reed y Agnew se incorporaron y se lanzaron nuevamente sobre Tex Duncan, dispuestos a demostrarle a Arthur Figgs que no eran tan mequetrefes como éste pensaba.

En esta ocasión, fue Agnew el primero en llegar.

Tampoco hubo medalla para él.

Hubo trallazo.

Y es que Tex Duncan desplegaba sus brazos con la rapidez del látigo.

Los nudillos de su puño derecho percutieron en la quijada del matón, y éste se vino irremisiblemente abajo, con un par de dientes bailándole en las encías a ritmo de «rock-and-roll».

Que estaban a punto de saltarle, vamos.

Reed hizo un amago con el puño diestro, para engañar a Duncan, y soltó el izquierdo.

El amago no sirvió de nada, y la maza del matón sólo golpeó la atmósfera, en vez de golpear el rostro de Tex.

La réplica de éste fue tan rápida como contundente, ya que clavó un puño en el estómago de Reed, y cuando éste se encogió, emitiendo un rugido de dolor, lo enderezó con el otro puño, en formidable gancho.

Un tercer puñetazo, esta vez en el pómulo, obligó al matón a dar nuevamente con sus huesos en el suelo.

Mientras Tex Duncan se ocupaba de Reed Agnew, Arthur Figgs se había aproximado a Nowak, y no precisamente para reanimarlo, porque esto no sería cuestión de segundos.

Lo que Arthur quería, era la pistola que su hombre de confianza llevaba bajo la axila izquierda.

La empuñó y apuntó a Tex Duncan.

—¡Quieto, Duncan!

* * *

Tex Duncan se volvió hacia Arthur Figgs.

Al verse encañonado por una pistola automática, levantó los brazos y dijo:

—Tranquilo, señor Figgs. Ese chisme se le podría disparar y yo sufriría las consecuencias.

—¡Si no quieres que apriete el gatillo, no muevas un solo músculo de tu cuerpo!

—Seré una estatua.

—¡Reed...! ¡Agnew...! ¡Arriba, estúpidos! —ordenó Arthur.

Los matones se pusieron en pie, aunque con dificultad.

—¡Sujetad al policía! —siguió ordenando Arthur.

Tex Duncan movió la cabeza.

—Qué perra ha cogido con lo de que soy policía. ¿Cómo quiere que le diga que soy un vulgar agente de seguros...?

Arthur Figgs no respondió.

Esperó a que Reed y Agnew sujetaran a Tex, uno de cada brazo, y entonces dijo:

—¡Ahora cantarás de plano, Duncan!

CAPITULO VI

Tex Duncan forcejeó con Reed y Agnew, pero éstos lo tenían bien cogido y no pudo soltarse.

Arthur Figgs se plantó delante de él y le puso el cañón de la pistola en el estómago, presionando ligeramente con el arma.

Tex carraspeó nerviosamente.

—No irá a hacerme un agujero en las tripas, ¿verdad, señor Figgs?

—Depende, Duncan.

—¿De qué?

—Confiesa que eres policía, y salvarás tu pellejo.

—Mentiría, señor Figgs, porque soy agente de seguros.

Arthur lo agarró del pelo y presionó más con el arma.

—¡No vuelvas a decir que eres agente de seguros, o te meto un par de plomos en el buche!

—De acuerdo, señor Figgs. Con tal de salvar el pellejo, estoy dispuesto a admitir lo que sea. Que soy policía, agente del FBI, agente de la CIA, miembro del Servicio Secreto, agente de la Gestapo, agente de la KGB, bombero, astronauta, buzo... Lo que usted quiera, señor Figgs.

Arthur enrojeció de ira.

—¡No estoy para bromas, Duncan!

—Yo tampoco, se lo aseguro.

—¡Eres policía!

—Soy policía.

—¡Un cochino policía!

—Por ahí sí que no paso. Por lo de cochino, no, señor Figgs. Me ducho todos los días, y suelo enjabonarme de arriba abajo. Huelo a limpio, puede usted comprobarlo.

Arthur le enseñó los dientes, sin soltarle el pelo ni dejar de presionarle el estómago con el cañón de la pistola.

—Viniste en busca de pruebas que demuestren que soy un jefe de la Mafia, ¿verdad?

—Se equivoca. A mi me tiene sin cuidado que sea usted un jefe de la Mafia. Lo mío son los seguros. De vida, de coches, de inmuebles, de joyas, de accidentes...

—¡Basta! —rugió Arthur.

—Disculpe, señor Figgs —tosió Tex—. Olvidé que usted no quiere que sea agente de seguros, sino policía. Por cierto, los policías llevan pistola, ¿no?

—¡Así es!

—Regístreme, señor Figgs. Verá como no voy armado.

Arthur lo cacheó, pero no encontró arma alguna.

Tex sonrió.

—¿Se da cuenta, señor Figgs? Si yo fuera policía, como usted piensa, llevaría pistola.

—¡El que no vayas armado no demuestra nada, Duncan! —barbotó Figgs.

—¿Dónde ha visto usted un policía sin pistola? ¡Y en la casa de todo un jefe de la Mafia, nada menos! Arthur volvió a agarrarlo del pelo.

—¡Yo no soy un mafioso!

—Perdone, señor Figgs. Lo dice la gente, y yo... —¡Esos rumores son falsos!

—Está bien, señor Figgs. No volveré a creer lo que dicen esos chismosos. Ahora, por favor, ordene a sus hombres que me suelten. Empiezan a dolerme los brazos.

—¡Lo que les voy a ordenar es que te los rompan los dos, si no lo confiesas todo de una maldita vez! —¿Otra vez con eso...?

—¡Habla, condenado, o te dejo sin pelo!

—¡Ay! —gritó Tex.

—¡Tienes cinco segundos para responder!

—¡Me va a dejar calvo, señor Figgs! ¡Y no estoy asegurado contra la calvicie prematura!

—¿Y contra los balazos en el estómago...?

—¡Tampoco!

—¡Lo siento por ti, pues! ¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres! —¡Por favor, señor Figgs, sea razonable!

—¡Cuatro!

—¡No puede balearme, señor Figgs!

—¿Por qué no?

—¡Es muy peligroso matar a un policía!

Arthur Figgs exhibió una sonrisa triunfal.

—Por fin admites que eres policía, ¿eh, Duncan? —No, pero si me sirve para salvar el pellejo... Arthur se enfureció de nuevo.

—¡Maldito! ¡Voy a acabar la cuenta y...!

—¡Socorro, Carol...! —chilló Tex, a pleno pulmón—, ¡Su padre me quiere asesinar...!

Carol Figgs regresaba al salón.

Había dejado de llorar, aunque aún tenía los ojos enrojecidos.

No se había cambiado de ropa, seguía vistiendo el ceñido pantalón azul turquesa y la transparente blusa color maquillaje que permitía vislumbrar el breve sujetador.

Al oír gritar a Tex Duncan de aquella manera, pidiendo socorro y diciendo que su padre lo quería asesinar, la muchacha dio un fuerte respingo.

—¡Tex! —exclamó, y echó a correr.

Irrumpió en el salón como una flecha.

Vio a Nowak, tirado en el suelo y con los ojos cerrados, como si estuviera muerto.

Vio también a Tex Duncan, sujetado por Reed y Agnew.

Y vio, por último, que su padre lo tenía cogido del pelo y que le estaba clavando el cañón de una pistola en el estómago.

—¡Papá...! —exclamó, con ojos dilatados.

Arthur Figgs volvió la cabeza.

—Carol... —musitó.

—¿Puedo saber qué diablos está pasando aquí?

—¡El tipo te engañó, Carol!

—¿Qué?

—¡No es un agente de seguros, es policía!

La joven respingó.

—¿Policía...?

—¡Sí!

—¡No es cierto! —negó Tex.

Arthur añadió:

—¡Los atracadores también eran policías! ¡Todo fue una comedia, hija! ¡El tipo quiere conseguir pruebas de que soy realmente un mafioso!

—Oh, no... —se estremeció la muchacha, sintiendo nuevamente deseos de llorar.

Tex lo adivinó y dijo:

—No crea a su padre, Carol. Ignoro por qué sospecha de mí, de un simple agente de

seguros. Dice que ha averiguado que soy policía, y eso es imposible. Miente, aunque desconozco la razón. Quizá sólo trate de arrancarme la verdad con una mentira. Lo único que ha conseguido arrancarme, sin embargo, es un poco de pelo.

Carol reprimió a duras penas sus lágrimas y miró fijamente a su padre.

—¿Cómo sabes que Tex es policía, papá?

—¡Estoy seguro, hija!

—¿Tienes alguna prueba?

—¡Su forma de pelear! ¡Es invencible, Carol! ¡Ordené a los muchachos que lo atraparan, y les zurró la badana a los tres! ¡Si no llego a amenazarle con la pistola de Nowak, aún no lo tendríamos cogido!

—Eso no demuestra que sea policía, papá.

—¡Un agente de seguros no podría pelear tan bien. Carol!

—Tex hizo unos cursillos de defensa personal, me lo dijo.

—¡Claro que los hizo, pero en la academia de policía! —replicó Arthur.

—Más pruebas, papá —pidió Carol.

—No tengo más —gruñó Arthur.

—Entonces, es cierto que intentabas arrancarle la verdad con una mentira.

—Tenía que forzarlo a pelear, para ver qué tal se defendía. Por eso lancé a los muchachos contra él. Y después de verlo en acción, no dudo de que mis sospechas son ciertas. Es un policía, Carol, no lo dudes tú tampoco.

—¿Quieres que crea que es policía, sólo porque sabe defenderse bien...?

—Es la mejor prueba, hija.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Vamos, deja de apuntarle con esa pistola. Y

ordena a Reed y Agnew que lo suelten.

Arthur vaciló.

—Por favor, papá —insistió Carol.

—Está bien —rezongó Arthur, retirando la pistola—. Podéis soltarlo, muchachos.

Reed y Agnew dejaron libre al joven.

Este se llevó la mano al hombro derecho y dijo:

—Gracias, Carol.

—¿Le han lastimado?

—No, estoy bien.

—Le llevaré a la ciudad, Tex.

—¿Nos vamos?

—Sí.

—¿Sin cenar?

—No está el horno para cenas.

—Tiene razón. Adiós, señor Figgs. Y crea que lamento mucho lo sucedido.

—Vete al infierno, polizante —mascullo Arthur.

Duncan fue a replicar, pero Carol lo agarró del brazo y tiró de él.

—Vámonos, Tex.

El joven se guardó su réplica y se dejó sacar del salón.

CAPITULO VII

Carol Figgs puso en marcha su Ferrari.

Lo hizo con rabia.

Y con rabia, también, pisó el acelerador.

Tex Duncan emitió un ligero carraspeo.

—Nos vamos a matar, Carol.

—Mejor.

—¿Tiene ganas de morirse, tan joven?

—En este momento no me importaría.

—¿Tengo yo la culpa de que no sienta deseos de vivir?

—Es posible.

—Eso es lo que usted dice, pero puede estar mintiendo. Y yo creo que miente.

—¿Cómo puede pensar eso?

—Me utilizó, Tex.

—No es cierto. Lo que hice fue librarla de los atracadores.

—De los falsos atracadores.

Duncan suspiró resignadamente.

—Veo que su padre la convenció, Carol. Y no sabe cómo me duele.

—Más me duele a mí.

—¿Por qué no detiene el coche y hablamos?

—No.

—Reduzca la velocidad, al menos.

—Lo siento, tengo prisa por volver a casa.

—Por perderme de vista, querrá decir.

—También.

—Aminore la marcha, se lo ruego. Podemos tener un accidente.

Todavía flotaban en el aire las palabras de Tex Duncan, cuando, al tomar una curva, descubrieron un coche parado en la carretera.

Estaba cruzado en medio de ella.

Como si lo hubieran puesto deliberadamente para cortar el paso del Ferrari.

—¡Cuidado. Carol! —gritó Tex, pensando que iban a estrellarse contra el coche parado, un Chevrolet negro.

A aquella velocidad, era muy fácil que ocurriera.

Apenas quedaba tiempo para frenar.

Pero Carol lo hizo, en un alarde de reflejos y serenidad.

Hundió el pie en el peda! del freno.

Con todas sus fuerzas.

Los neumáticos chirriaron sonoramente.

Tex se vio lanzado contra el parabrisas del Ferrari y se dio un golpe en

la frente, aunque leve, afortunadamente.

Escasos segundos después, el deportivo rojo se detenía por completo.

Quedó tan cerca del Chevrolet negro, que su morro rozaba casi sus portezuelas.

—¡Qué susto! —exclamó Carol.

—¡Qué chichón, diría yo! —barbotó Duncan, tocándose la frente.

—Lo siento, Tex, pero se imponía el frenazo brusco. —Lo sé.

—¿Está herido?

—No, ha sido un golpe sin importancia.

—Déjeme ver.

Mientras Carol le examinaba la frente, Tex rezongó: —Me pregunto quién diablos dejaría ese coche en medio de...

No acabó la frase.

Ya tenía respuesta para su pregunta.

El Chevrolet había sido puesto en la carretera, cruzado, por los tipos que venían hacia el Ferrari.

* * *

Eran tres, concretamente.

Habían surgido de entre los árboles que jalonaban la carretera, y esgrimían sendas pistolas automáticas. —¡Es un asalto, Carol! —exclamó Tex Duncan. La muchacha respingó.

—¿Otro...?

—¡Sí!

—También preparado por usted, ¿no?

—¡No, se lo juro!

—Estoy harta de comedias, Tex.

—¡La cosa va en serio, Carol! ¡Tiene que creerme! —Por eso quería

que redujese la velocidad, ¿eh? Temía que no pudiera frenar a tiempo y nos estrellásemos contra el coche de sus amigos.

—¡No son mis amigos!

—¡Al diablo!

Los asaltantes ya hablan rodeado el Ferrari y apuntaban con sus armas a Carol y Tex.

Uno de ellos abrió la portezuela del conductor y ordenó:

—Abajo, rubia.

—¡No me da la gana!

Los tipos se miraron, desconcertados.

—¿Es que no ves que os estamos apuntando con pistolas, muñeca...?

—habló el mismo sujeto de antes.

—¡No soy ciega!

—¿Y cómo es que no estás asustada?

—¡Sé que sois amigos de éste! —Carol señaló a Tex con el pulgar.

El desconcierto de los asaltantes aumentó.

—¿Amigos nosotros de ése...?

—¡Sí!

Duncan tosió ligeramente y dijo a media voz:

—No son amigos míos, así que será mejor que obedezca, Carol.

—¡Ni hablar!

—Si se les agota la paciencia...

A los tipos ya se les había acabado, por lo que uno de ellos barbotó:

—¡Sácala del coche, Clutter!

—¡Sí, estamos perdiendo mucho tiempo! —dijo otro.

—Tenéis razón —masculló el llamado Clutter, y agarró del brazo a la

muchacha.

—¡Suéltame! —gritó ella.

—¡Afuera, maldita sea! —rugió el asaltante, tirando bruscamente de la joven.

Carol se vio literalmente arrancada del asiento y dio un grito.

—¡Bestia! ¡Salvaje! ¡Cafre!

—¡Ocupaos del tipo, Lake! —indicó Clutter, y metió a Carol en la parte trasera del Chevrolet.

Tuvo que hacerlo a empujones, claro.

Carol gritaba, le insultaba, le soltaba zarpazos, y hasta algún que otro puntapié a las espinillas.

Mientras tanto, el que respondía al nombre de Lake y el otro sujeto hicieron salir del Ferrari a Tex Duncan.

—¡Las manos en alto, amigo! —ordenó Lake.

Tex obedeció.

No podía hacer otra cosa, porque los tipos no dejaban de apuntarle con las pistolas.

—¡Entra en el Chevrolet!

Tex se volvió, dispuesto a obedecer.

Sin embargo, no llegó a entrar en el coche, porque el compañero de Lake le atizó en la cabeza, con el cañón de su pistola.

Tex emitió un gemido y se desplomó.

—Buen golpe, Quax —dijo Lake.

—¡Comedia, pura comedia! —gritó Carol, sentada ya en el asiento trasero del Chevrolet.

Los asaltantes la miraron, sin comprender nada.

—¿Qué dice esa loca, Clutter? —rezongó Lake.

—¡Yo qué sé!

—¡La loca lo será tu abuela, guapo! —exclamó Carol—. Y retiro en seguida lo de guapo, porque eres más feo que un pecado.

Lake, que en efecto tenía un rostro poco agraciado, atirantó sus músculos faciales.

—Conque más feo que un pecado, ¿eh? —masculló.

—¡Tienes cara de cabra!

—¡Te voy a...!

Clutter lo sujetó.

—Tranquilo, Lake. Ya sabes que el jefe no quiere que la maltratemos.

—¡Me ha llamado Cara de Cabra!

—¡Porque la tienes! ¡Beeeee...! —se burló Carol.

—¡Maldita! —rugió Lake—, ¡Suéltame, Clutter, que le voy a dar una lección a esa deslenguada!

—¡Cálmate, por favor!

—¡Lo que tenemos que hacer es largarnos cuanto antes de aquí! —opinó Quax, el tipo que había golpeado a Tex Duncan.

—¡Quax tiene razón! ¡Ocúpate tú del coche de la chica, Lake! —indicó Clutter.

—Está bien —gruñó Cara de Cabra, y se introdujo en el Ferrari.

Puso el motor en marcha.

—¡Eh!, ¿qué va a hacer con mi coche? —exclamó Carol.

—Tranquila, rubia. Sólo va a dejarlo oculto entre los árboles, para que no se vea —

explicó Clutter.

—¡Ah!, bueno.

—Quax, mete tú al tipo.

—En seguida.

Quax cargó con Tex Duncan y lo introdujo en el Chevrolet, dejándolo sentado junto a Carol Figgs.

—Qué bien hace el dormido, tengo que reconocerlo —rezongó la muchacha.

Clutter y Quax se miraron, perplejos.

De pronto, Tex se venció y cayó sobre Carol.

—¡Eh, que no soy un colchón! —exclamó la joven, agarrándolo de la cabeza.

Sus manos tocaron algo húmedo.

Cálido.

Espeso...

Era la sangre que fluía de la herida que Quax le causara a Duncan, con el cañón de su pistola, al golpearle con dureza.

* * *

Al mirarse las manos, y ver que las tenía manchadas de rojo, Carol Figgs dio un nervioso respingo.

—¡Sangre...! —chilló.

—¿Qué te creías, que nuestras pistolas eran de mazapán? —dijo Quax, sonriendo.

—¡No era necesario llevar la farsa tan lejos, pedazo de bestia!

—¿Farsa...?

—Está como una regadera, la pobre —rezongó Clutter.

—Sí, nada de lo que dices tiene sentido —masculló Quax.

Carol sintió un escalofrío.

Empezaba a pensar que tal vez los tipos no estuviesen representando una comedia.

Que no eran amigos de Tex Duncan.

Que eran asaltantes de verdad, e iban a secuestrarla.

Naturalmente, este pensamiento la aterró.

Los tipos habían hablado de un jefe.

¿Quién sería...?

Lake ya había ocultado el Ferrari de Carol, y regresaba corriendo.

—¡Podemos largarnos, Clutter! —dijo.

—Coge tú el volante, Lake.

—Bien.

—Quax, tú sube detrás y vigila al tipo por si se despierta.

—No te preocupes. Si abre los ojos, le atizo de nuevo —sonrió desagradablemente Quax, y se introdujo en el Chevrolet, quedando Tex Duncan en medio de él y de Carol Figgs.

Clutter se sentó delante, al lado de Lake, y ordenó:

—En marcha, Lake.

Cara de Cabra puso el coche en movimiento.

El Chevrolet ganó rápidamente velocidad.

Carol Figgs, vigilada por Quax y por Clutter, empezó a temblar perceptiblemente.

Y es que ya no dudaba que aquello era un secuestro de verdad.

CAPITULO VIII

El Chevrolet negro no se dirigía a la ciudad.

Había tornado un desvío, y lo que hacía era alejarse más de San Francisco.

Los tipos no hablaban.

Carol Figgs, callada también hasta entonces, se atrevió a preguntar:

—¿Adónde nos llevan?

—Lo sabrás cuando lleguemos, preciosa —respondió Clutter.

—¿Por qué nos han secuestrado?

—A ti, porque nos lo ordenó el jefe. Y a ése, porque iba contigo — Clutter señaló a Tex Duncan con su pistola.

El agente de seguros seguía inconsciente, tumbado sobre las piernas de Carol, que había desistido de quitárselo de encima al descubrir que tenía una herida en la cabeza.

—¿Quién es su jefe? —preguntó la joven.

—Un viejo conocido de tu padre.

—¿Cómo se llama?

—Jonathan Hampton.

Carol tuvo un claro estremecimiento.

Sabía quién era Jonathan Hampton.

Un alto jefe de la Mafia.

El que con más insistencia había tratado de convencer a su padre para que entrara a formar parte de la organización, aunque sin resultados, según éste.

Jonathan Hampton era un hombre muy peligroso.

Carecía de escrúpulos y era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir aquello que se proponía.

Carol empezó a comprender la razón de su secuestro.

Jonathan Hampton quería utilizarla para doblegar la diplomática pero firme resistencia de su padre a integrarse en la Mafia, y seguramente lo amenazaría con matarla si no cambiaba de actitud.

Si era así, Carol no tenía nada que temer.

Sabía cuánto la quería su padre, y éste no permitiría que ella sufriese daño alguno. Se integraría en la Mafia y haría todo aquello que los mafiosos le ordenasen, con tal de que ella quedase en libertad.

Por ese lado, pues, Carol podía sentirse tranquila.

Lo que le disgustaba, naturalmente, era que su padre entrase a formar

parte de la Mafia.

Era la parte negativa de su secuestro.

La parte positiva, era tener ya la absoluta certeza de que su padre no era ni había sido nunca un mafioso, como pensaba la gente. Su secuestro lo demostraba.

Carol estaba deseando contárselo a Tex Duncan.

Ahora tenía pruebas de que su padre no pertenecía a la Mafia.

En cambio, seguía sin saber si Tex era realmente un agente de seguros o un policía, tal y como afirmaba su padre.

Carol no sabía qué pensar, se hallaba terriblemente confundida.

Había creído que el asalto de la carretera había sido preparado por él, y a ja vista estaba que se había equivocado totalmente.

¿Estaría equivocado también su padre...?

¿Sería auténtico el asalto del aparcamiento de los almacenes Conwell...?

Tex aseguraba que sí, pero...

La voz de Clutter interrumpió las reflexiones de Carol:

—¿Quién es el tipo, rubia?

—Un amigo mío.

—¿Cómo se llama?

—Tex Duncan.

—¿A qué se dedica?

—Es agente de seguros.

—¿Por qué dijiste que era amigo nuestro?

Carol vaciló.

—Tex es un tipo muy bromista, y creí que el asalto lo había preparado él para asustarme. Por eso dije que era una comedia, que no tenía miedo, y que Tex se hacía el dormido, después de que Quax le atizara

con su pistola.

—Entonces, no estás loca.

—Siempre he sido una chica muy cuerda.

—Y muy guapa —sonrió Clutter.

—Muchas gracias.

—¿Te acuestas con tu amigo? —preguntó Quax.

Carol lo miró furiosamente.

—¿Quiere que le ponga un ojo negro de un puñetazo?

—¡No!

—Entonces, no vuelva a decir eso.

Quax rió.

—Tiene genio la chica, ¿eh, Clutter?

—¡Mucho! —rió también éste.

Lake, muy serio, rezongó:

—Necesita que alguien le baje los humos.

—¿Por qué no lo intenta usted, Cara de Cabra? —le desafió Carol.

—¡Maldita sea! —rugió el matón, haciendo ademán de detener el Chevrolet.

Clutter lo sujetó.

—¡Olvídate de la chica, Lake!

—¡Estoy hasta las narices de sus insultos!

—No te metas con ella, y ella no se meterá contigo. —Exacto —dijo Carol.

Lake masculló algo, pero siguió conduciendo el Chevrolet.

Jonathan Hampton era cinco años más joven que Arthur Figgs, pero nadie lo diría.

Parecía, incluso, mayor que éste, porque se preocupaba mucho menos de mantenerse en forma.

Muy poco ejercicio.

Mucho comer.

Mucho beber.

Mucho dormir...

Así estaba él.

Pesaba noventa y dos kilos, y como no se pasaba de alto, su cuerpo resultaba de lo más antiestético. Encima, había perdido casi todo el pelo de la cabeza.

Una cabeza gruesa, redonda, tipo sandía.

De eso tenía cara Jonathan Hampton, de sandía, porque ya tenía muy colorada.

Se trataba, sin lugar a dudas, de un tipo repulsivo.

A Gloria Bessell también se lo parecía, aunque lo disimulaba muy bien, porque le convenía.

—¿Cuándo debutaré en su club, señor Hampton?

—Pronto, muy pronto.

—Soy una estupenda bailarina.

—Lo sé.

—Y no canto mal.

—También lo sé.

—Gustaré al público, ya lo verá.

—Estoy seguro de ello.

—¿Le gusto también a usted, señor Hampton?

—Mucho.

—Cuánto me alegro.

Se encontraban en el despacho de Jonathan Hampton, sentados en el sofá, de cuero negro. Mientras charlaban, Jonathan acariciaba las piernas de la artista, muy largas y maravillosamente torneadas, y de cuando en cuando le daba un beso en los labios, llenos y jugosos, tremendamente excitantes.

En realidad, todo el cuerpo de Gloria Bessell resultaba excitante, porque era una hembra fuera de serie. Tenía veinticuatro años, el cabello rojizo, y los ojos verdes.

La bailarina lucía un vestido brillante, con abertura frontal y un escote formidable, que le permitía exhibir buena parte de su desarrollado busto.

Jonathan Hampton todavía no le había metido la mano por el atrevido escote, pero Gloria Bessell sabía que no tardaría en hacerlo, y estaba preparada para ello.

Le resultaría muy desagradable, como desagradable le resultaba que el cerdo de Jonathan le toquetease los muslos con sus rollizas manos y la besase en sus gruesos labios, que apestaban a tabaco y a whisky, pero se aguantaría.

Tenía que conseguir el trabajo.

El club de Jonathan Hampton era uno de los locales nocturnos más importantes de San Francisco, y si lograba debutar allí, su carrera artística daría un paso de gigante.

Por eso había ido a casa del gordo y repulsivo Hampton, dispuesta a hacer lo que fuera con tal de conseguir el contrato. Si tenía que meterse en la cama con él, se metería.

Jonathan pensaba acostarse con ella, desde luego, pero más tarde.

Estaba esperando el regreso de Clutter, Lake y Quax.

Eso era lo más importante para él en aquellos momentos, saber si sus hombres habían podido secuestrar a la hija de Arthur Figgs. Pensaba más en ello que en la exuberante Gloria Bessell, de ahí que se hallara un tanto distraído.

—¿Sabe que me gustan los calvos, señor Hampton? —dijo de pronto la bailarina.

—¿De veras?

—Me chiflan, créame.

—Me alegro mucho.

—¿Me permite que le dé un beso en la calva?

—¡Encantado! —respondió Jonathan, riendo.

Gloria estiró su cuerpo, con el fin de alcanzar con sus labios la pelada cabeza del mafioso. No era más que un pretexto, sin embargo, para acercar su portentoso busto a la cara de Jonathan y excitarle con su proximidad.

Lo consiguió, porque al ver los rotundos senos de la bailarina tan cerca de su boca, el jefe de la Mafia no pudo resistir la tentación y pegó su boca a ellos, besándolos y mordidiéndolos.

Gloria dejó oír su risa.

—¡Es usted un pícaro, señor Hampton! —dijo, cogiéndole la cabeza, para que no pudiera retirarla de su busto.

Jonathan, encendido, dirigió sus manos hacia el escote de la pelirroja y logró que sus pechos quedaran totalmente visibles.

Gloria se alegró, aunque le asquease el contacto de la fea boca del mafioso. Su alegría, sin embargo, se esfumó al ver que la puerta se abrió y uno de los hombres de Jonathan entraba en el despacho, interrumpiendo sus planes.

CAPITULO IX

El tipo carraspeó.

—Perdone, señor Hampton.

Jonathan, que no lo había oído entrar, respingó y retiró bruscamente su cabeza del busto de la bailarina, el cual cubrió nerviosamente con sus gruesas manos, mientras volvía la cabeza.

—¿Es que no sabes llamar antes de entrar, Mulligan? —le recriminó, ceñudo.

—Lo siento, señor Hampton. Me dijo usted que le avisara en cuanto los muchachos regresasen, y...

—¿Han vuelto ya?

—Sí, acaban de llegar.

—¿Con la muchacha?

—Sí.

Jonathan se alegró.

—Está bien, Mulligan. Voy en seguida.

—Disculpe de nuevo, señor Hampton.

—Olvídalo.

El tipo salió del despacho.

Jonathan retiró sus manos de los turgentes senos de la bailarina y, tras echarles una ojeada, suspiró y dijo: —Tendrás que disculparme, preciosa. Tengo que atender un asunto urgente.

—Qué lástima.

—No te preocupes, volveré dentro de unos minutos.

—¿Le espero aquí, entonces?

—Sí. claro. Tenemos que continuar, Gloria.

—Lo estoy deseando, señor Hampton —sonrió sensualmente la pelirroja, sin cubrir sus senos, que eran como un reclamo para que el mañoso despachara pronto su asunto y regresara corriendo a su despacho.

Jonathan la besó, le oprimió los pechos, y se puso en pie, con la cara más colorada que de costumbre.

—Volveré en seguida, preciosidad —prometió.

—Aquí estaré, señor Hampton.

El jefe de la Mafia abandonó rápidamente el despacho.

Al quedarse sola, Gloria Bessell ocultó sus senos, compuso una mueca

de asco, y rezongó:

—Lo que hay que hacer para triunfar en el mundo del espectáculo...

* * *

Clutter, Lake y Quax habían conducido a Carol Figgs y Tex Duncan a una habitación pequeña, sin ventanas, en la que sólo había una cama estrecha y una silla.

La cama era metálica, y sobre ella dejaron al agente de seguros, boca abajo. Todavía no había vuelto en sí, pero, como no tardaría mucho en hacerlo, Clutter le colocó unas esposas, después de ponerle las manos a la espalda.

Carol pensó que también a ella iban a esposarla, pero se equivocó.

Ni siquiera le ataron las manos.

Poco después, apareció Jonathan Hampton, sonriente.

Carol lo conocía personalmente, pues lo había visto más de una vez por su casa. También a ella, claro, le parecía un tipo repulsivo, y no sólo por su antiestética figura.

—Hola, Carol —dijo Jonathan, ofreciéndole su mano.

—No esperará que se la estreche, ¿verdad? —repuso la muchacha.

—¿Por qué no? Soy amigo de tu padre.

—Dejará de serlo en cuanto él sepa que sus hombres me han secuestrado.

—¿Te han hecho algún daño?

—No.

—Yo les ordené que te trataran bien en todo momento.

—No trataron igual a mi amigo. Tiene una herida en la cabeza.

—Lo siento, créeme. Comprende, sin embargo, que un hombre con las manos libres es mucho más peligroso que una mujer. Especialmente si es joven y fuerte.

—Podían haberle puesto las esposas desde el primer momento, en vez

de atizarle en la cabeza con una pistola, ¿no?

—¿Quién le golpeó? —preguntó Jonathan.

—El bestia de Quax —respondió Carol, mirando al tipo.

Jonathan también lo miró.

—¿Por qué le golpeaste, Quax?

—Creí que era mejor dormirlo, señor Hampton. Despierto nos hubiera podido crear problemas por el camino.

—Eso es cierto. Pero no debiste atizarle tan duro, Quax.

—Lo siento, señor Hampton.

—Está bien, olvídale. Que alguien traiga un botiquín. Hay que curarle la herida al amigo de Carol.

—Yo lo traeré —dijo Quax, y salió de la habitación.

—Por cierto, ¿cómo se llama tu amigo, Carol? —preguntó Jonathan.

La joven se lo dijo, añadiendo que era agente de seguros, para que el mañoso y sus hombres no temieran nada de él.

Si les hubiera dicho que tal vez era policía, y que era muy bueno peleando, Tex Duncan tendría muchas menos posibilidades de intentar sorprender a los hombres de Hampton, lógicamente.

Claro que, con las manos esposadas, y a la espalda, Carol no pensaba que Tex pudiera hacer mucho.

—Despertará pronto, no te preocupes —aseguró Jonathan.

—¿Por qué ordenó a sus hombres que me secuestraran, señor Hampton?

—Quiero hacer un negocio con tu padre, pero él no acaba de decidirse.

—Sé a qué negocio se refiere.

—¿De veras?

—Pretende que mi padre entre a formar parte de la Mafia, como

usted, y como él se niega, piensa utilizarme a mí para convencerle,

Jonathan Hampton sonrió fríamente.

—Veo que estás muy bien enterada, Carol.

—Mi padre no tiene secretos para mí.

—Pues debería tenerlos, ¿sabes? Es peligroso que sepas tanto.

—¿Peligroso para quién?

—Para mucha gente. Pero, especialmente, para ti.

—¿Me está amenazando, señor Hampton?

—No, sólo ha sido un simple comentario.

—¿Qué va a decirle a mi padre? ¿Que no volverá a verme viva si no accede a convertirse en mañoso?

—Poco más o menos.

—Y quería usted que yo le estrechase la mano... —rezongó la muchacha, mirándolo con desprecio—. ¡Antes me las corto las dos!

Jonathan se echó a reír.

—Está bien, no insistiré.

Justo en ese momento regresó Quax con un pequeño botiquín.

Jonathan le ordenó que curara él mismo la herida que Tex Duncan tenía en la cabeza, pero Carol le arrebató el botiquín de un zarpazo al matón y dijo:

—Yo se la curaré.

—Como prefieras —sonrió el mañoso—. Vamos, muchachos.

Hampton y sus hombres salieron de la habitación.

Carol oyó que cerraban la puerta con llave.

—Malditos... —masculló, y se volvió hacia la cama para atender a Tex.

Este, muy quieto hasta entonces, se dio la vuelta e irguió el torso, al

tiempo que bajaba las piernas de la cama, en la que quedó sentado.

—¡Tex...! —exclamó la muchacha, sorprendida. —Hola, Carol —le sonrió suavemente él.

—¿Estaba despierto...?

—Sí, desde hace unos minutos.

—¿Y ha oído lo que...?

Duncan asintió con la cabeza y dijo:

—Ahora sé que su padre no es un mafioso ni lo ha sido nunca, Carol.

CAPITULO X

La sonrisa de Carol Figgs expresó claramente la íntima satisfacción que la muchacha sentía en aquellos momentos.

—Por fin ha caído del burro, ¿eh?

—No he caído, me han tirado de él. Y creo que me di un golpe en la cabeza al chocar contra el suelo —respondió Tex Duncan, con buen humor.

Carol rió.

—El golpe no se lo dio al caer del burro. Uno de los hombres de Hampton le atizó con el cañón de su pistola cuando iba usted a entrar en el Chevrolet, y le abrió una buena brecha en la testa.

—Menos mal que la tengo dura.

—Voy a curarle, Tex.

—Gracias.

Carol abrió el botiquín y limpió la herida, que ya no sangraba.

Tex emitió un gemido.

—No sea quejica, hombre —dijo la joven.

—Me duele.

—Ya lo supongo, pero no tiene más remedio que aguantarse. Es necesario limpiar y desinfectar bien la herida.

—Lo sé.

—Le pido disculpas, Tex.

—¿Por hacerme daño?

—No, hombre —rió Carol—. Por haber pensado que los asaltantes eran amigos suyos.

—¿Ya no está enfadada conmigo?

—Creo que no.

—Entonces, déme un beso.

—Cuando acabe de curarle.

—Vale —se conformó Duncan.

Carol acabó de atenderle la herida.

Estaba sentada en la estrecha cama, junto a él. —Ya está —hizo, saber.

Tex se volvió hacia ella.

—Venga ese beso.

—No se ha olvidado, ¿eh? —sonrió la muchacha. —Claro que no.

Carol lo besó.

Y no fue un beso breve, desde luego.

Cuando separó su boca de la de él, preguntó;

—¿Qué ha sentido esta vez, Tex?

—Lo mismo que la otra: un maravilloso placer. —Entonces pensaba que besaba a la hija de un mafioso.

—Fue lo que usted dijo, pero yo no lo pensé. Sentía deseos de besarla, y lo hice, eso es todo.

—¿Por qué no nos tuteamos, Tex? —sugirió Carol. —Sí, creo que ya va siendo hora —

respondió Duncan, y ahora fue su boca la que buscó la de ella. Volvieron a besarse largamente.

Carol, como tenía las manos libres, pudo cercar el cuello del agente de seguros con sus brazos.

Tex, claro, se quedó con las ganas de abrazarla. Tras el beso, volvieron a mirarse a los ojos.

—Me gusta que me beses, Tex —confesó Carol. —¿Y que te abrace...?

—También. Pero en este momento no puedes, estás esposado.

—Podré si tú me ayudas.

—Lo dudo mucho, pero dime qué quieres que haga. —Quítame el zapato derecho.

—¿Eh?

—Que me quites el zapato derecho.

—¿Para qué?

—Llevo algo escondido en el tacón.

—¿De veras? —respingó Carol.

—Sí, yo te diré cómo se abre.

Duncan ya tenía la pierna derecha en alto.

Carol le quitó el zapato y le dio la vuelta, observando el tacón.

Tex le explicó cómo se hacía girar la tapa.

La muchacha lo hizo y lo que había dentro del tacón quedó visible.

Había varios objetos, todos ellos muy raros y de reducido tamaño, como es lógico.

Carol agrandó los ojos.

—¿Qué es esto, Tex...? —exclamó.

—Cosas muy útiles.

—¿Para un agente de seguros o para un policía...? Duncan carraspeó.

—Hablaemos de eso cuando salgamos de aquí, ¿de acuerdo?

—No podemos perder tiempo, Carol. Podría entrar alguno de los hombres de Hampton, o éste en persona, y descubrir lo que llevo en el tacón de ese zapato.

—Eres policía, ¿verdad?

—Carol, por favor.

—Mi padre tenía razón. ¡Eres un maldito embustero!

—¿Quieres que te saque de esto o no?

Carol controló su furia.

—Sí, claro que quiero que me saques de esto —respondió,

—Entonces, acércame el zapato a las manos.

La muchacha obedeció.

Duncan tomó uno de los objetos con su mano derecha.

Era una pequeña ganzúa.

La introdujo en la cerradura de las esposas y la hizo trabajar con habilidad, logrando abrirlas en menos de un minuto.

—Ya está —dijo, quitándose las esposas.

Carol se mantuvo callada.

Y ceñuda.

Miraba de una manera al falso agente de seguros...

Duncan devolvió la pequeña ganzúa al tacón de su zapato, cerró la tapa, y se lo calzó con rapidez.

—Ya puedo abrazarte, Carol —dijo, con un carraspeo.

—¡Como no abras a tu abuela...!

—Tendría que sacarla del féretro, porque hace un par de años que murió.

—¡No me vengas con chistes encima porque te sacudo, farsante! —amenazó Carol, levantando la mano.

—No alces tanto la voz, podrían oírte.

Carol, que no quería que eso sucediera, bajó el tono y preguntó:

—¿Por qué no abres la puerta con uno de tus chismes y nos largamos, condenado policía?

—Necesito un arma.

—Me pareció ver una metralleta desmontada en tu tacón.

Duncan soltó una risita.

—¿Quién hace chistes ahora?

Carol no respondió, limitándose a emitir un gruñido.

Duncan explicó:

—Esperaremos a que venga alguno de los hombres de Hampton. Lo sorprenderé, le arrebataré la pistola, y nos largaremos. Con un arma en la mano, nuestras posibilidades de fuga aumentarán considerablemente.

—Y las posibilidades de que nos maten, también —repuso la muchacha.

—Si los hombres de Hampton disparan, lo harán sobre mí, no sobre ti.

—¿Estás seguro?

—Ya lo verás.

—No, prefiero no verlo.

Duncan iba a decir algo, pero se interrumpió al oír ruido en la puerta.

—Ahí los tenemos, Carol —dijo, y se llevó las manos a la espalda, para que los hombres de Hampton pensaran que seguía esposado.

* * *

La puerta se abrió, dando paso a Clutter y Quax.

Los dos habían empuñado sus pistolas, para evitarse posibles sorpresas.

Carol Figgs, al ver que esgrimían sus armas, ahogó un gemido.

A Tex Duncan tampoco le gustó que los tipos entraran pistola en mano, porque así sería más difícil sorprenderles. Eran dos, además, y eso complicaba aún más las cosas.

Podía saltar sobre uno de ellos e impedir que disparara, pero el otro tendría tiempo de apretar el gatillo y le alojaría un par de plomos en el cuerpo.

Clutter y Quax sonrieron al comprobar que Tex Duncan ya había vuelto en sí. En

realidad, habían venido a eso, a ver si el amigo de Carol ya se había despertado.

Jonathan Hampton se lo había ordenado, antes de volver con Gloria Bessell, la bailarina que deseaba debutar en su club, con la que ya debía de estar disfrutando de lo lindo.

—¿Cómo te sientes, amigo? —preguntó Clutter.

—Bien, aunque me duele bastante la cabeza —respondió Tex.

—Lamento haberte atizado tan duro, chico. Se me fue la mano —dijo Quax, con irónica sonrisa.

—Te disculparé si me das un cigarrillo. Es decir, si se nos permite fumar.

—¿Y cómo te lo quitarás de la boca, teniendo las manos sujetas a la espalda...?

—Carol lo hará.

—Sí, claro —sonrió Quax, y devolvió la pistola a la funda axilar.

—Yo también quiero fumar —dijo Carol, adivinando que Tex había pedido un cigarrillo para ver si los matones guardaban sus armas.

Quax, por de pronto, ya lo había hecho.

¿Lo haría también Clutter...?

¡Lo hizo!

—Yo se lo daré a la chica, Quax —dijo, guardando su pistola.

Los tipos extrajeron sus cajetillas de cigarrillos y sus encendedores, y se acercaron a la cama.

Fue como acercarse al infierno, porque Tex Duncan se convirtió en un demonio.

CAPITULO XI

El falso agente de seguros brincó de la cama como impulsado por un poderoso muelle y, con su puño derecho, le atizó a Quax en la mandíbula.

El puñetazo, tremendo, tumbó al matón, que perdió su cajetilla de cigarrillos, su encendedor, y un diente, el cual escupió manchado de sangre.

Clutter quiso reaccionar, pero no tuvo tiempo.

El puño izquierdo de Tex Duncan ya estaba en marcha, proyectado como un obús.

Y el obús hizo explosión en la cara de Clutter.

Se escuchó un crujido de huesos y el matón se vino abajo de forma estrepitosa. No perdió su cajetilla de cigarrillos y su encendedor, porque los había soltado antes de que el puño de Duncan estallara en su rostro, pero sí perdió un par de piezas dentales, tragándose involuntariamente una de ellas.

El golpe de tos, claro, fue inevitable.

Clutter creía que se ahogaba, porque el diente engullido bloqueaba momentáneamente sus vías respiratorias y el aire no pasaba.

Quax, más afortunado, se recuperó en seguida del puñetazo recibido y se llevó rápidamente la mano a la axila zurda, para sacar su automática.

Carol Figgs se percató de ello y gritó:

—¡Cuidado, Tex...!

La advertencia no era necesaria, porque Duncan también había visto la acción de Quax, y como seguía en plan demonio, le atizó un patadón en las costillas.

El matón aulló, pero consiguió extraer su arma.

No sirvió de nada, porque Duncan disparó la otra pierna y le dio un terrible punterazo en la mano.

Quax aulló de nuevo, mientras la pistola volaba por los aires.

Duncan volvió los ojos hacia Clutter.

Este seguía teniendo problemas para respirar, por culpa del maldito diente, pero ello no le había impedido dirigir su diestra a la funda sobaquera.

Ya estaba empuñando su arma.

Duncan se arrojó sobre él y le dio varios puñetazos seguidos, dejándolo atontado.

Quax gateaba ya en busca de su pistola.

Carol lo vio y, en vez de gritar, saltó de la cama, atrapó la silla, la enarboló con rapidez, y la descargó sobre el lomo del matón.

Quax bramó de dolor y quedó tendido de bruces.

La silla se había roto en pedazos, pero Carol empuñó un trozo de pata y le cascó con él en todo el cráneo al matón.

Quax perdió el sentido en el acto.

Duncan, que no había perdido de vista a Quax, mientras le recetaba jarabe de puño a Clutter, sonrió y exclamó:

—¡Bravo, Carol!

La muchacha arrojó el pedazo de silla y se apresuró a recoger la pistola de Quax. La cogió con temor, por si acaso se disparaba, y por ello procuró que el cañón del arma apuntara

al suelo en todo momento.

Duncan se apoderó de la pistola de Clutter y, para asegurarse de que éste tardara en despertar, le dio un golpe en la cabeza, con la culata del arma.

El matón emitió un gemido y perdió totalmente el conocimiento.

Duncan se irguió con rapidez.

—Salgamos de aquí, Carol.

—¿Qué hago con esto, Tex...? —preguntó la joven, mostrándole el arma de Quax.

—Será mejor que me la guarde —respondió Duncan, haciéndose cargo de la pistola—.

No te conviene ir armada, sería peligroso para ti.

—¿Y no lo será para ti?

—Es mi profesión.

—Que no es la de agente de seguros, desde luego.

Duncan sonrió.

—No, no lo es —confesó, guardándose el arma de Quax en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Por fin te quitas la careta, ¿eh?

—Anda, vamos —indicó Duncan, cogiéndola de la mano.

—¿Qué eres, Tex?

—Te lo diré cuando estemos a salvo.

—Si te matan, no podrás decírmelo.

—No es fácil acabar conmigo.

—Eres algo más que un simple policía, ¿verdad?

—¿Quieres dejar de hacer preguntas?

—Está bien, no insistiré. Pero ten mucho cuidado, Tex. No quiero que te maten.

—Porque te quedarías sin saber lo que soy, ¿eh? —No sólo por eso.

—¿Cuál es la otra razón?

—Si yo no puedo hacer preguntas, tampoco tienes por qué hacerlas tú.

—Me parece justo —sonrió Duncan, y abrió la puerta de la pequeña habitación.

Lo hizo lenta y silenciosamente.

Después, asomó la cabeza.

No vio a nadie.

—Podemos salir, Carol —dijo, en voz baja.

—Será difícil que no nos descubran, Tex. Hampton dispone de un buen número de hombres. Vigilan la casa, el jardín, la verja de entrada...

—Con un poco de suerte, conseguiremos escapar. —Dios lo quiera.

Salieron de la habitación.

Había una escalera a unos diez metros.

Tex y Carol caminaron cautelosamente hacia allí. Antes de descender por ella, Duncan echó una mirada abajo.

Continuó sin ver a nadie.

Duncan indicó:

—Baja detrás de mí, Carol. Pegada a mi espalda. —¿Quieres protegerme con tu cuerpo?

—Eso es.

—Te lo agradezco mucho, Tex.

Duncan la miró por encima del hombro.

—¿Me has perdonado ya la mentira?

—Por supuesto que no.

—Pues ya no parece estar de uñas conmigo.

—No es el momento de sacarlas, eso es todo.

—Entiendo —sonrió Duncan, y empezó a bajar la escalera.

Carol bajó tras él, pegada literalmente a su espalda.

Duncan empuñaba con firmeza la pistola de Clutter, dispuesto a abrir fuego si aparecía de pronto alguno de los hombres de Jonathan Hampton.

Aparecieron dos.

Lake y Mulligan.

Venían confiados, pero al descubrir a Tex y Carol en mitad de la escalera, respingaron a dúo y movieron velozmente sus diestras, en busca de sus armas.

—¡Quietos! —ordenó Duncan, apuntándoles con su pistola.

Los matones no hicieron caso y extrajeron sus automáticas.

Duncan no tuvo más remedio que accionar el gatillo.

Su primera bala fue para Lake.

Cara de Cabra lanzó un alarido al sentir la dolorosa mordedura del plomo en su pecho y se derrumbó, soltando la pistola.

Mulligan apretó el gatillo, pero, cuando lo hizo, ya tenía un proyectil en el pulmón derecho, lo que le hizo errar su disparo.

Y no por poco, sino por mucho.

Mulligan, al igual que Lake, se desplomó dando un angustioso aullido y perdió su arma.

Duncan apretó los dientes.

No habían tenido suerte.

Los disparos se habrían oído en toda la casa.

Y fuera de ella, también.

Hampton y el resto de sus gorilas no tardarían en aparecer, esgrimiendo sus armas.

Tex tiró de Carol.

—¡Corramos, preciosa! ¡La alarma ya está dada!

*

*

*

Tal y como Tex Duncan pensaba, los disparos no sólo se habrían oído en toda la casa, sino también en el jardín, y los hombres que lo vigilaban se apresuraron a empuñar sus armas.

Eran seis, exactamente.

Los dos que vigilaban la verja de salida, continuaron junto a ella, dispuestos a que nadie la cruzara. Los otros cuatro hombres, corrieron velozmente hacia la casa.

Todos intuían que Tex Duncan tenía mucho que ver en los disparos que se habían escuchado, pues era la única persona extraña, junto con Carol Figgs, que había en la casa.

Bueno, también estaba Gloria Bessell, la bailarina, pero los gorilas de Hampton no pensaban en ella como la autora de los disparos, porque la exuberante pelirroja sólo era peligrosa en la cama.

Sus sospechas se confirmaron al ver asomar a Tex Duncan.

—¡El tipo se ha escapado! —rugió uno de los matones.

—¡Acabemos con él! —ladró otro.

Las armas de los gorilas de Hampton comenzaron a tronar, enviando una lluvia de balas hacia la puerta de la casa.

Tex Duncan se escondió con rapidez.

—¡Por aquí no podemos salir, Carol!

—¡Lo suponía, Tex! —respondió la muchacha.

—¡Buscaremos otra salida! ¡Corre, preciosa! —pidió Duncan, tirando nuevamente de la joven.

CAPITULO XII

En el despacho de Jonathan Hampton, éste y Gloria Bessell habían reanudado el juego amoroso, que iba ya muy adelantado.

Tan adelantado, que el brillante vestido de la bailarina yacía en el suelo desde hacía algunos minutos, así como la chaqueta del mafioso, quien, en mangas de camisa, se había echado sobre el desnudo cuerpo de la pelirroja.

La besaba.

La estrujaba.

La mordía...

Y, encima, la aplastaba con su rechoncho y grasudo cuerpo.

Gloria fingía hallarse en el séptimo cielo, pero la verdad es que se hallaba en el séptimo infierno.

«Todo sea por el contrato», se decía con el pensamiento. mientras soportaba resignadamente las desagradables efusiones amorosas de Jonathan Hampton y sus noventa y dos kilos de peso.

El jefazo de la Mafia parecía dispuesto a poseerla allí mismo, en su despacho, aunque todavía no la había despojado del sucinto pantaloncito de encaje negro.

Gloria deseaba que lo hiciera, para acabar cuanto antes.

Estaba segura de que, después, conseguiría el contrato y podría debutar en seguida en el magnífico club de Jonathan Hampton.

Como éste no se decidía, la bailarina apremió:

— Ya, señor Hampton, ya...

—¿Qué?

—Poséame, no puedo más...

—No podemos hacer el amor aquí, en el despacho.

-¿No?

—Podrían interrumpirnos.

—Si echa el cerrojo, no podrá entrar nadie.

—Prefiero que subamos a mi dormitorio.

—Subamos, pues.

—Todavía no. preciosa.

—¿Es que no siente deseos de poseerme?

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué demorarlo, entonces...?

—Estoy esperando a alguien.

—¿A quién?

—Se trata de un amigo. Le he telefoneado hace un momento, y ya debe de estar en camino.

—¿Y por qué le ha llamado, sabiendo que yo...?

—Tenemos que tratar un asunto que, desgraciadamente, no admite demora. Pero no te preocupes, no nos llevará mucho tiempo. Estoy seguro de que llegaremos rápidamente

a un acuerdo, mi amigo se marchará, y tú y yo subiremos a mi habitación y lo pasaremos bomba. Esto de ahora es sólo un aperitivo.

—No diga eso, señor Hampton.

—¿Por qué?

—Siento complejo de taquito de jamón.

Jonathan rió con fuerza.

—¡Muy bueno el chiste, preciosa!

—Gracias —sonrió la bailarina, sin ganas.

—Sigamos con el aperitivo.

—Me gustaría más que empezara el banquete, pero si no puede ser...

El mafioso rió de nuevo.

—¡Qué ocurrente estás, Gloria!

—Lo que estoy es terriblemente excitada. Me chiflan los calvos, ya se lo dije. Cuando me encuentro en brazos de uno, me tiemblan las carnes. Y eso de tener que esperar a que se marche su amigo para poder amarnos de verdad... —la bailarina le acarició la calva, para ver si lo convencía.

Quizá lo hubiera convencido o quizá no.

Nunca se sabría, porque justo en ese momento se escucharon disparos en la casa.

Tres, exactamente.

Los dos que efectuara Tex Duncan, y el que efectuara Mulligan, cuando ya tenía una bala en el pulmón derecho.

Jonathan Hampton respingó sobre el cuerpo desnudo de la pelirroja.

—¡Disparos...! —exclamó.

—¿Qué ocurre, señor Hampton...? —preguntó Gloria, asustada.

—¡El tipo debe de haberse escapado!

—¿Qué tipo?

—¡Tex Duncan, el agente de seguros!

—¿Un agente de seguros...? —repitió la bailarina, que no comprendía nada.

Jonathan se irguió y corrió hacia su mesa, al tiempo que ordenaba: — ¡Ponte el vestido, Gloria! ¡No quiero que mis hombres te vean desnuda!

La pelirroja saltó del sofá, recogió su vestido, y se lo enfundó con rapidez, porque tampoco ella quería que los gorilas de Hampton la viesen prácticamente en cueros.

El mafioso ya estaba abriendo el cajón de su mesa.

Allí guardaba un revólver calibre 38.

Lo empuñó y corrió hacia la puerta, indicando:

—¡No te muevas de aquí, Gloria!

La bailarina iba a decir algo, pero en ese preciso instante se oyeron varios disparos seguidos. Los que los hombres que vigilaban el jardín habían efectuado sobre Tex Duncan, al verlo asomar por la puerta de la casa.

Gloria Bessell se asustó aún más.

—¡Esto es la guerra, señor Hampton!

El mafioso sonrió.

«¡El tipo ha debido caer acribillado!», pensó.

—¡Pobre hombre! —se estremeció la bailarina.

—¡Vuelvo en seguida, preciosa! —dijo Jonathan, y salió del despacho, revólver en mano.

La casualidad quiso que Tex Duncan y Carol Figgs se tropezaran con él, cuando corrían en busca de otra salida.

Jonathan respingó nerviosamente y apuntó al falso agente de seguros con su arma.

Duncan, que ya le estaba apuntando con la pistola de Clutter, ordenó:

—¡Suelte ese revólver, Hampton!

El mafioso titubeó.

Sabía que podía apretar el gatillo y meterle una bala en el cuerpo a Tex Duncan, pero lo más probable es que éste disparara también y le alojara a su vez un plomo en el pecho.

La distancia era muy corta.

Ninguno de los dos fallaría.

Era lo que se decía Carol Figgs, y la angustia se plasmaba en su bonito rostro.

Duncan la protegía con su cuerpo, por si acaso el mafioso se decidía a apretar el gatillo.

—¡Obedezca o le parto el corazón de un balazo, Hampton! —amenazó.

Jonathan tuvo un claro estremecimiento.

Aquella forma de hablar...

El mafioso empezó a sospechar que Tex Duncan no era un agente de seguros, y ya no dudó en hacer lo que él le ordenaba.

Dejó caer su revólver.

Duncan se acercó, tirando de Carol.

—¡Entre ahí, rápido! —ordenó.

Hampton entró nuevamente en su despacho, seguido de Tex y Carol.

Gloria Bessell emitió un gritito al ver al mafioso encañonado.

—Señor Hampton... —exclamó ahogadamente.

Duncan, antes de cerrar la puerta, echó una ojeada al corredor.

Justo en ese momento, aparecían dos de los hombres de Hampton.

Duncan no dudó en dispararles.

Los gorilas hicieron funcionar también sus armas, pero las balas enviadas por el falso agente de seguros llegaron antes a su destino, abatiendo a los tipos.

Duncan cerró rápidamente la puerta y corrió el pasador, apartándose de la hoja de madera.

Miró a Jonathan Hampton.

El mafioso había perdido el color.

Seguía teniendo cara de sandía, pero ahora de sandía verde.

Además, temblaba perceptiblemente.

Duncan desvió sus ojos hacia la mujer que estaba con Hampton.

También estaba pálida y temblorosa.

—¿Quién es? —preguntó Tex.

—Se llama Gloria, y es bailarina —respondió Jonathan.

—¿Le estaba bailando algo cuando empezaron los disparos, Hampton?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídelo.

La pelirroja se mordió los labios.

—Por favor, no me mate...

—¿Por qué iba a hacerlo? Lo único que queremos, es salir de aquí. De la casa, me refiero. Los hombres de Hampton no nos dejan, pero modificarán su actitud cuando sepan que tenemos a su jefe. Si no les ordena usted que nos dejen el paso libre, me lo cargo, Hampton.

El mafioso sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—No eres agente de seguros, ¿verdad?

—No.

—Lo suponía.

—¿Iba a pedirme que le hiciese uno de vida...?

Jonathan masculló algo ininteligible y preguntó: —¿Cómo pudiste sorprender a Clutter y Quax, hallándote esposado?

— Ya no estaba esposado, cuando ellos entraron. —No es fácil librarse de unas esposas.

—Para mí. sí.

—¿Los mataste?

—No, sólo están inconscientes.

De pronto, llegó una voz a través de la puerta del despacho:

—¿Está usted ahí, señor Hampton...?

CAPITULO XIII

Era uno de los hombres del mafioso.

Tex Duncan indicó:

—Responda. Hampton.

Jonathan, con voz trémula, contestó:

—¡Sí, estoy aquí!

—¿Se encuentra bien, señor Hampton?

—¡Sí!

—¿Está el tipo con usted?

—¡Sí, y me amenaza con una pistola! ¡No entréis o me matará!

—¡Se ha cargado ya a cuatro de los nuestros! ¡Y Clutter y Quax están sin sentido!

Jonathan se estremeció visiblemente al oír que cuatro de sus hombres habían muerto.

El tipo que hablaba desde el corredor, preguntó:

—¿Qué hacemos, señor Hampton?

—Dígales que se larguen —ordenó Duncan—. No quiero ver a ninguno de sus gorilas cuando salgamos. Si descubro a alguno, le volaré la cabeza. Y estoy hablando de su cabeza, Hampton.

El mafioso se la cogió instintivamente.

Y es que ya se veía con los sesos esparcidos por el suelo.

Como no quería que eso sucediera, gritó: —¡Despejad el corredor! ¡Tenéis que esfumaros todos, o Duncan acabará conmigo! ¡Me volará la cabeza si intentáis algo

¡Desapareced, por favor!

—¡Está bien, señor Hampton! —respondió el matón.

Sobrevino un silencio.

Largo.

Tenso.

Por fin, Tex Duncan lo rompió, diciendo:

—Vamos a echar un vistazo, Hampton.

El mafioso caminó hacia la puerta, lentamente.

Estaba pensando en Arthur Figgs.

No tardarla en llegar.

Y vendría solo, porque así se lo había ordenado él, tras hacerle saber que tenía en su poder a Carol.

Figgs era la única esperanza que tenía Hampton de salir con bien de aquello. Sus hombres podían amenazar a Duncan con matar a Figgs si no lo soltaba a él.

Duncan, claro, podía amenazar a su vez con matarle a él si sus hombres no soltaban a Figgs, pero Hampton confiaba en que Duncan no se atreviera a cumplir su amenaza, porque ello supondría la muerte de Figgs.

Y la Carol también, probablemente.

No, Duncan no podía arriesgarse a que Figgs y su hija muriesen.

Tendría que rendirse y arrojar su arma.

Jonathan ya estaba junto a la puerta.

Duncan lo agarró del cuello de la camisa con su mano izquierda y le clavó el cañón de la

pistola en los riñones.

—Abra la puerta, Hampton. Y hágalo con cuidado, porque al menor movimiento sospechoso le doy al gatillo —advirtió.

El mafioso tragó saliva con dificultad y descorrió el pasador, abriendo seguidamente la puerta, con lentitud.

Duncan lo empujó y lo hizo salir al corredor, asomándose él con precaución.

Estaba despejado.

Los hombres de Hampton habían hecho caso a su jefe.

—Vamos, Carol —dijo Duncan.

—¿no hay nadie, Tex? —preguntó la muchacha.

—No.

—De todos modos, no te fíes.

—Nunca lo hago.

Gloria Bessell carraspeó ligeramente.

—¿Y yo...?

Duncan la miró un instante.

—Puedes quedarte o venir con nosotros, lo que prefieras.

—Iré con ustedes —decidió la bailarina.

—Muy bien, pelirroja. Colócate junto a Carol y no te separes de ella.

Gloria obedeció.

Salieron todos al corredor.

—Camine, Hampton —rezongó Duncan, empujándolo.

No le soltaba el cuello de la camisa ni retiraba la pistola de su espalda, para que no pudiera intentar nada.

Avanzaron cautelosamente por el corredor y, sin ver a ninguno de los hombres del mafioso, alcanzaron el vestíbulo.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par.

De repente, alguien dijo:

—¡Suelta al señor Hampton y entrégale tu arma, Duncan!

La voz llegaba desde fuera, pero no se veía al hombre que hablaba.

—Ese tipo debe estar loco —masculló Tex.

—¡Tenemos a Arthur Figs!

Carol se estremeció.

—¡Dicen que tienen a mi padre, Tex!

—Sí, lo he oído —rezongó Duncan.

Jonathan Hampton sonrió.

—Es cierto que mis hombres tienen a Figs, Duncan. Le telefoneé hace un rato, para decirle que tenía a Carol, y le pedí que viniera a hablar conmigo. Sin ninguno de sus guardaespaldas, por supuesto.

Tex presionó con su arma en los riñones del mafioso.

—Ordene a sus hombres que suelten al señor Figs, Hampton.

—¿Y si me niego...?

—Una bala le atravesará el cuerpo y le saldrá por el ombligo.

—Si me liquidas, mis hombres liquidarán a Figs. Y después os liquidarán a ti y a Carol,

porque ya no me tendréis como escudo. ¿Quieres que suceda eso, Duncan...?

Tex no respondió.

Con los dientes muy apretados, pensó lo que debía hacer.

Desde luego, no podía amenazar a Hampton.

No serviría de nada.

Tendría que soltarlo y entregarle la pistola de Clutter.

No quedaría desarmado.

En el bolsillo interior de su chaqueta, llevaba la pistola de Quax.

Era como tener un «as» escondido en la manga.

Podía ganar todavía la partida, pero para ello tendría que jugar muy bien el resto de sus cartas.

Para empezar, no debía entregarle la pistola de Clutter a Hampton.

Era mejor arrojarla lejos.

Le convenía que el mafioso estuviese desarmado.

Jonathan habló de nuevo:

—¿Qué decides. Duncan...?

—Su juego parece mejor que el mío, Hampton —masculló Tex.

—¡No lo dudes!

—Lo de que sus hombres tienen al señor Figgs no será un farol, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Que lo dejen ver —pidió Duncan.

—¡Enseñad a Figgs, muchachos! —ordenó Jonathan.

Los gorilas de Hampton se dejaron ver, aunque sólo dos de ellos, por el momento. Los que sujetaban y amenazaban a Arthur Figgs con sus pistolas.

Los otros dos, continuaron ocultos.

A Carol se le humedecieron los ojos.

—¡Papá!

—¿Estás bien, hija?

—Sí. ¿Y tú...?

—También.

Jonathan Hampton, seguro de que tenía dominada la situación, dijo:

—¿Ves como no era un farol, Duncan...?

—No, no lo era.

—Será mejor que me sueltes y te rindas.

—Sí, no puedo hacer otra cosa —suspiró Tex. de jando libre al mafioso y arrojando la pistola de Clutter al suelo, lejos.

A Jonathan no le importó que Duncan no le entregara el arma a él, porque ignoraba que el falso agente de seguros llevaba oculta la pistola de Quax.

—¡Entrad, muchachos! ¡La situación está controlada! —exclamó el jefe de la Mafia, jubiloso.

Los dos hombres que sujetaban a Arthur Figgs entraron en la casa, empujando a éste.

Luego, entraron los otros dos gorilas, esgrimiendo también sus armas.

—Quiero abrazar a mi hija, Hampton —dijo Arthur.

—Puedes hacerlo. Figgs —accedió el mafioso—. Soltadlo, muchachos. Ya no hay peligro.

Arthur fue hacia Carol, ocultando por un instante a Tex Duncan de las miradas de Hampton y sus hombres.

Duncan se dijo que era el momento de extraer la pistola de Quax.

Lo hizo, con mucha rapidez.

Arthur sí le vio sacar el arma, y antes de que comenzara el tiroteo, se arrojó sobre su hija, gritando:

—¡Al suelo, Carol!

Hampton y sus hombres vieron una pistola en la mano de Duncan.

Y el arma empezó a soltar balas.

Gloria Bessell se arrojó también al suelo, chillando.

Jonathan Hampton la imitó, porque él no iba armado.

Dos de sus hombres se derrumbaron sin haber logrado disparar sus pistolas.

Los otros dos si hicieron funcionar las suyas, pero Tex Duncan se dejó caer al suelo y esquivó las balas, respondiendo desde allí al fuego de los matones.

Los alcanzó a los dos, en el pecho, y los tipos se vinieron abajo, entre aullidos de muerte.

Jonathan Hampton había llegado hasta donde yacía la pistola de Clutter, arrastrándose con rapidez, y logró empuñarla, apuntando a Tex Duncan.

Arthur Figgs lo vio y gritó:

—¡Cuidado, Duncan!

Tex volvió velozmente su arma hacia el mafioso y efectuó dos disparos, aprovechando muy bien las dos balas.

Tan bien, que Jonathan Hampton se fue al otro mundo casi sin enterarse, con un plomo en la frente y otro en la tráquea.

La Mafia acababa de perder a uno de sus jefes.

E P I L O G O

Arthur Figgs y su hija se encontraban nuevamente en casa.

Tex Duncan les había acompañado.

Arthur y Carol ya sabían que Tex era un agente del FBI, enviado especialmente desde Washington para averiguar si Arthur Figgs era realmente un mafioso o no.

Tex se lo había confesado por el camino, admitiendo que la pelea del aparcamiento de los almacenes Conwell fue, efectivamente, una comedia. Los atracadores eran policías.

—Yo lo sospeché desde el primer momento —dijo Arthur.

—Tiene usted un excelente olfato, señor Figgs —respondió Duncan, sonriendo.

—Peleando tan bien, no podías ser un agente de seguros.

—Bueno, lo importante es que cumplí la misión que mis jefes me encomendaron. Ahora ya sabemos que usted no es ni ha sido nunca un mafioso, señor Figgs. Lo sabemos nosotros y mañana lo sabrá todo el mundo, cuando los periódicos divulguen lo sucedido en la casa de Jonathan Hampton. Y por qué sucedió, claro.

Carol abrazó a su padre, emocionada.

—¿No es maravilloso, papá? ¡Se acabaron los falsos rumores, nadie dirá ya que eres un mafioso!

Arthur la estrechó cálidamente, tan emocionado como ella.

—Me alegro más por ti que por mí, Carol. Sé que sufrías mucho, que no tenías amigos porque todos pensaban que eras la hija de un mafioso. Ahora será muy distinto, ya verás. Tendrás docenas de

amigos, alguno de ellos me pedirá tu mano, y...

—¡Alto!

—¿Qué pasa, no tienes ganas de casarte?

—Sí, pero con él —respondió la joven, señalando a Tex Duncan.

Arthur respingó.

—¿Con Tex...?

—Es un embustero, pero le quiero.

—¿Y él te quiere a ti?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes hablar de matrimonio, entonces...?

—Es mejor que hablar del tiempo, ¿no?

Tex Duncan tosió.

—¿Puedo decir algo, señor Figgs?

—Adelante, muchacho.

—Estoy enamorado de Carol y deseo casarme con ella.

La joven dio un salto y cayó en sus brazos.

—¡Tex, amor mío! —exclamó, loca de júbilo, y lo besó apretadamente en los labios.

Duncan la estrechó con calor y le devolvió el beso.

Arthur Figgs exhibió una sonrisa plena de satisfacción y dijo:

—Bueno, siempre tranquiliza a un padre saber que entrega su hija a un hombre que sabrá defenderla, llegado el caso...

F I N